VICENCIO DE NÁPOLES

RELACIÓN DEL VIAJE DEL CAPITÁN ÁLVARO DE SAAVEDRA CERÓN AL MALUCO

Edición y presentación de María Luisa Rodríguez-Sala

rsala@sociales.unam.mx

Colección: Archivos Pacífico, Clásicos mínimos,
Fecha de Publicación: 04/06/2017
Número de páginas: 40
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Descripción

Resumen:

La relación de Vicencio de Nápoles sobre un viaje al Maluco desde México de Álvaro de Saavedra Cerón, por encargo de Hernán Cortés.

Palabras Clave

Mar del Sur, Molucas, Nueva España, Mindoro, Mindanao, Las Marianas, castellanos, portugueses, indígenas, naos, navegación, “Tratado de Zaragoza”,

Personajes

Hernán Cortés, Carlos I, Frey García de Loaiza, Sebastián Caboto, Álvaro Saavedra Cerón, Francisco Granado, Vicencio de Nápoles, Hernando de la Torre, Pedro Laso,

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente: manuscrito,**
- **Procedencia:** Archivo General de la Nación (México)
- **Sección / Legajo:** Archivo Hospital de Jesús, legajo 433, exp. 1,
- **Tipo y estado: relación**
- **Época y zona geográfica: América, Pacífico, siglo XVI**
- **Localización y fecha: México, s.f., Madrid, 1534**
- **Autor de la Fuente: Vicencio de Nápoles**

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

VICENCIO DE NÁPOLES

RELACIÓN DEL VIAJE DEL CAPITÁN ÁLVARO DE SAAVEDRA CERÓN AL MALUCO

Edición y presentación de María Luisa Rodríguez-Sala

Presentación:

Desde agosto de 1511 los portugueses, a partir de su plaza fuerte en la península malaya, en Malaca, estaban asentados en las llamadas *Islas Molucas*. Para 1519 los españoles iniciaron su incursión en esta zona con el viaje de Fernando de Magallanes, quien perdió la vida durante el mismo ya en tierras del Poniente, a manos de los naturales. Concluyó la navegación de circunnavegación su segundo Juan Sebastián Elcano, quien retornó a España en 1522. Las exploraciones españoles no se suspendieron, pero si se sujetaron a una política de no enfrentamiento y de conservación de la paz. La segunda expedición (1525-1527) a la *tierra de la especiería* estuvo al mando del Comendador de la Orden de San Juan frey García Jofre de Loaysa. El Emperador se la encomendó con el fin de recuperar las Molucas de manos de los lusitanos. Partió de la Coruña el amanecer del 24 de julio de 1526 y fue un viaje difícil, largo y no exitoso. La armada constó de siete navíos y un aproximado de 450 hombres. También en esta travesía falleció su capitán general ya en mares del Pacífico del Poniente, poco más al norte de la línea equinoccial. Llevaban casi un año de navegación. El viaje de Loaiza se perdió entre los numerosos archipiélagos de las islas de las especias y en España no se volvieron a tener noticias de la empresa durante varios años. Sin embargo, algunos sobrevivientes regresaron a la península vía la India, gracias a la ayuda de los portugueses.

La pérdida de noticias sobre la armada de Loayza impulsó a la Corona a recurrir a la Nueva España; el emperador encargó directamente al aún hombre fuerte de esa posesión, Hernán Cortés, una expedición que saliera en búsqueda de noticias y sobrevivientes. Para el 20 de junio de 1526 Carlos I redactó en Granada la cédula real por la cual le ordenó al exconquistador hacerse cargo de esa nueva empresa. Cortés, hábil político y hombre de gran visión, ya desde dos años antes, había concebido los viajes al Mar del Sur, el Pacífico, en tal forma que la petición imperial no le cayó de sorpresa. Junto a su ambición por extender sus posesiones en Cortés estaba presente la mítica existencia del "Estrecho de Anián" que comunicaba los dos grandes océanos, el Atlántico con el Pacífico por el extremo septentrional de esa porción del mundo.

De inmediato Cortés toma las primeras providencias para enviar las naos y encomienda la expedición a su primo Álvaro de Saavedra Cerón como capitán general de esta armada.

Ya en plena preparación de la expedición al Maluco, Cortés, recibe con gran satisfacción la noticia del arribo a costas sureñas, por el rumbo de Tehuantepec, del patache "Santiago", aquel que formara parte de la armada de Loayza. Don Hernando hace llegar a su residencia de Coyoacán a varios de los tripulantes de esa embarcación, entre ellos

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

especialmente al capellán vasco don Juan de Areizaga. Fue, gracias a los informes del clérigo que Cortés obtuvo muy buenos datos para planear, lo mejor posible, la ruta de navegación de Saavedra. Pero no todo fue favorable para la empresa cortesiana; los oficiales reales de la capital novohispana, no le facilitan los asuntos. Cortés deseaba que el patache fuera enviado a Zacatula para unirse a los tres navíos que tenía ya construidos, pero las autoridades entorpecieron esa ayuda y el navío se dejó en tierra, sin navegar, y por consecuencia se perdió totalmente. Cortés expidió detalladas *Instrucciones* a su capitán Saavedra para la buena conducción de la travesía. También escribe cartas dirigidas a Loaiza y a los reyes o autoridades naturales de aquellas islas; diplomático por excelencia, buscaba asegurar una buena acogida para la expedición.

El derrotero de la navegación nos es conocido por dos documentos, uno posiblemente del propio capitán general entregado por Francisco Granados y el otro proviene de un tripulante, Vicencio de Nápoles. El primero se encuentra en la Biblioteca alta de El Escorial y según informa Martín Fernández de Navarrete en la sección de Miscelánea 2 de 7, fols. 373-382. Este dato se encuentra en la conocida obra de este autor, *Colección de los Viages y Descubrimientos que hicieron por Mar los españoles desde fines del siglo XV*, Tomo V, *Expediciones del Maluco, Viages de Loaisa y Saavedra*, Madrid en la Imprenta Nacional, Año de 1837, pp. 440-456.

De acuerdo a estos escritos, Granados reporta que la expedición partió el 31 de octubre de 1527 del puerto de Zihuatanejo, un jueves víspera de *Todos Santos*. Vicencio escribe que salieron un día después del puerto de Zacatula. Sin duda la diferencia de 24 horas se debió al punto de partida, ya que el segundo puerto corresponde a un sitio un poco más al norte de Zihuatanejo, o sea que navegaron esas horas con rumbo septentrional para dejar definitivamente las costas de la Nueva España por Zacatula.

El capitán narra que llevaban dos navíos y un bergantín y él iba al mando de la nao *La Florida*; la segunda nave fue la *Santiago*, comandada por Luis de Cárdenas, y el bergantín, *Espíritu Santo*, al mando de Pedro de Fuentes; en total la expedición llevó 110 hombres de mar y tierra.

La *Relación* más completa e interesante es la que dejó Nápoles y es la que al ser difundida permite conocer, de primera mano y casi cotidianamente, las diversas acciones y situaciones de una travesía de la magnitud de la de Saavedra y sus compañeros y, en ellas, los roles sociales que desempeñaron cada uno de sus participantes. Por supuesto que también nos enteramos de las no pocas tribulaciones que se les presentaron por mares ignotos y difíciles; así como los ocasionales encuentros con los habitantes autóctonos de aquellas islas y que poseen un indiscutible interés antropológico, etnológico y social.

A continuación presentamos el documento original que proviene de lo escrito al pie de la acción misma, de esos quehaceres diarios que involucraron tanto los propios de la navegación, como los de tierra. Sin duda este novedoso testimonio constituye un aporte a la difusión de lo que ocurrió en esas fronteras que abarcaron los escenarios geográficos de las disputadas posesiones españolas y lusitanas, las cuales, vistas desde la Nueva España quedaban hacia el extremo occidental del Mar del Sur y desde la perspectiva geográfica hispana se situaban más allá de la India, en el confín oriental. En ambos casos en fronteras marítimas e insulares, poco exploradas y escasamente

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

conocidas, las cuales fueron puestas en la geografía occidental por las navegaciones que ambas Coronas de la península ibérica impulsaron tan decididamente.

Texto de la relación:

Relación de todo lo que descubrió y anduvo el Capitán Álvaro de Sayavedra, el cual salió del puerto de Zacatula, que es en la Nueva España a primero de noviembre año de mil e quinientos e veinte y siete años, la cual armada fue despachada por el Marqués del Valle don Hernando Cortés, Capitán General por sus Majestades con tres navíos con todos bastimentos y aderezos necesarios y artillería de bronce.

Primeramente el dicho Capitán Álvaro de Sayavedra, iba en la nao nombrada la Florida con treinta y ocho hombres de tierra y doce de la mar, que son por todos cincuenta; llevaba tres tiros de farlera y diez de hierro.

En la nao Santiago, iba por Capitán Luis de Cárdenas, natural de Córdova; llevaba cuarenta y cinco hombres de tierra y de la mar; llevaba un tiro de farlera y ocho de hierro.

En el otro navío nombrado el Espíritu Santo, iba por Capitán Pedro de Fuentes, natural de Jerez de la Frontera, llevaba quince hombres de la mar y de tierra, tiros medía docena de hierro.

***El primer día de noviembre** partimos del puerto de Zihuatanejo[1], que está en la costa de la Nueva España. Los vientos que nos dieron fueron estos que aquí diremos: dieronnos los vientos Hueste y Vernorueste, tiramos e hicimos camino al Susudueste, andaríamos este día obra de diez leguas.*
Otro día siguiente corrimos en el mismo viento, y andaríamos otras doce leguas.
Tercero día el mismo viento, y andaríamos quince leguas por la misma derrota.
Al cuarto día corrimos con el mismo tiempo quince leguas.
Al quinto día corrimos con el viento Norueste, haciamos el camino al Sudueste, anduvimos este día veinte leguas.
Al sexto día corrimos con el mismo tiempo; anduvimos veinte y cinco leguas.
El septimo anduvimos por el mismo viento, y por la misma derrota anduvimos treinta y cinco leguas. .....

---

[1] *En esto no concuerda con Granado, el que dice: "El otro día, -después de la partida- viernes le de Noviembre corrimos por el dicho viento ocho leguas. Este día se me murió un cirujano que llevaba que se llamaba Maese Francisco, 6 echamoslo á la mar". Sobre este cirujano encontramos este otro dato: "hallase Francisco, cirujano, hijo de maese Alonso Jiménez, cirujano del rey de Portugal, y vecino de Tenustitán, hallándose de partida para las islas de la Especiería, confiere poder a maese Diego de Pedraza y Pedro de Villanueva, para otorgar testamento, dejando por herederos a su padre y por albaceas a éste y a los propios apoderados, señalándoles como obligación dar a su mujer Inés Hernández 150 pesos de oro, y a María Díaz y a Francisca, hija natural de la primera y del otorgante, 100 pesos de oro". A. MILLARES y J. 1. MANTECÓN: Índice y extracto de los protocolos del Archivo de Notarías de México. Núm. 518.-27 de abril de 1527, 11, fols 168 v. y 169r. CCLXXIIv. y CCLXXIIIr.*

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Al octavo día corríamos al Sudueste, este día anduvimos cuarenta leguas, este día a medio día se descubrió un agua en la Capitana por popa por un perno de la quilla, la cual era tanta que holgábamos medía ampolleta, y dabamos dos a la bomba; esta fue una agua que no la pudimos hallar, y amainamos las velas y juntámonos con los otros navíos, y fuimos a mirar debajo de cubierta el dicho Capitán Álvaro de Sayavedra, y buscóse el agua, y no se pudo ver por donde entraba, ni se vio hasta llegar a una Isla que se llama Mindanao (llámanla los españoles la Mendana) y fuimos con ella dos meses y medio; este día se platicó con los otros capitanes el agua que la Capitana llevaba, a los cuales pareció que desde allí nos volviésemos a la Nueva España, y el Capitán Álvaro de Sayavedra, preguntó al Piloto, que qué le parecía de aquella agua, y dijo que por aquella agua no dejásemos de seguir el viaje y así lo hicimos, y por el trabajo que se pasaba de dar a la bomba el dicho Capitán tomó de los otros navíos la gente de más trabajo, y pasó de la suya a los otros y los capitanes le dijeron que se pasase en el otro navío que no hacía agua y él respondió que en aquel navío partió y que en él se había de perder o salvar y ansi seguimos nuestro viaje.[2]
Noveno día estariamos en la altura de once grados, corrimos al Hueste, andaríamos este día treinta y cinco leguas de singladura.
Al décimo día anduvimos y corrimos la misma derrota; anduvimos cuarenta leguas.
Al onceno día por la misma derrota anduvimos otras cuarenta leguas.
Al doceno por la misma derrota anduvimos otras cuarenta leguas.
Al treceno día por la misma derrota anduvimos otras cuarenta leguas.
Al catorceno día corrimos por la misma derro- . ta, y anduvimos cuarenta y cinco leguas.
A los quince días en la misma derrota cuarenta leguas.
A los diez y seis en el mismo tiempo treinta y cinco leguas.
A los diez y siete días anduvimos cuarenta y cinco leguas.
A los diez y ocho anduvimos cincuenta leguas.
A los diez; nueve treinta y cinco leguas.
A los veinte andaríamos setenta leguas por la misma derrota.
A los veinte y uno pareciónos tierra y fuimos en busca de ella toda la noche al Huesnorueste, y por la mañana otro día no hallamos nada y volvimos a nuestra derrota; anduvimos este día obra de veinte y cinco leguas.
A los veinte y dos días andaríamos en la misma derrota cuarenta leguas.
A los veinte y tres días andaríamos treinta y cinco leguas.
A los veinte y cuatro día andaríamos otras treinta y cinco leguas.
A los veinte y cinco días andaríamos treinta y cinco leguas.
A los veinte y seis días andaríamos setenta leguas.
A los veinte y siete andaríamos cuarenta y cinco leguas.
A los veinte y ocho días andaríamos cuarenta leguas.

A los veinte y nueve días se nos descubrió otra agua en la misma Nao Capitana por la proa de un convento falso y mojósenos un paño de pan que ternia hasta setenta quintales, y todo el aceite y el vinagre y otras cosas; antes que

[2] El escribano de la armada, Francisco Granado, dice sobre el particular: Por una vía de agua que se hizo al barco tiramos al mar treinta quintales de pan y alguna carne --llevaban trece días de navegación-- y hubo necesidad de pasar gente de los otros navíos a la capitana, para que ayudasen a echar el agua fuera.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

descubriese esta agua, no nos quería gobernar el navío y dijo el Capitán al Maestre, que qué era la causa, por qué el navío no gobernaba, y el Maestre le dijo que no sabía la causa, y el capitán le mandó que fuese debajo de cubierta a ver qué era aquello, y él dijo que era tarde, que a la mañana iría y lo vería; esta misma noche yendo navegando no podía gobernar el navío, y porque los navíos nos llevaban en medio por que no diésemos en ellos, ni ellos a nosotros quedámonos atrás vinionos un aguacero; el marinero que gobernaba tomó de lugar y atravesó la vela encima de la jarcia, casi estuvimos para zozobrar y en fin amainamos la vela; los navíos pasaron adelante y con el mucho viento que hacía en muy poco término desaparecieron de nosotros, e hicímosles muchos faroles y nunca respondieron, y así los perdimos; nuestro Piloto echóse a dormir y no quiso seguir tras ellos, y venido otro día por la mañana nos hicimos a la vela por nuestra derrota y nunca más los pudimos ver ni rastro de ellos; este día andaríamos treinta y cinco leguas.
Por la misma derrota y con el mismo tiempo corrimos otros treinta días navegando también como los pasados, y en todo este tiempo no vimos tierra ni señal de ella.

A los sesenta días,[3] sábado en la noche mudamos la derrota y corrimos al Hueste cuarta en el Sudueste, esta noche fue calma, anduvimos cosa de diez leguas.
Domingo por la mañana siendo ya de día estaríamos una legua de tierra, púsosele nombre a esta tierra por el Capitán Álvaro de Sayavedra, Las Islas de los Reyes, porque el día que las vimos era día de los Reyes; es un Archipiélago de Islas que hay en él según que vimos diez o doce Islas y dicen estar todas pobladas, créese que hay muchas más islas sobre las cuales islas estuvimos tres días voltejeando de una parte a la otra y no surgimos en ninguna de ellas porque es tan hondable que aunque echamos el ancla, no pudimos tomar fondo; salieron los indios naturales de aquellas islas a nosotros con unos navíos que ellos tienen pequeños, y no quisieron llegar a nosotros, y visto que no se podía tomar puerto por causa de que había muchos bajos antes de llegar a la tierra y por el mucho tiempo que llevábamos y no poder surgir en otra parte ninguna, seguimos nuestro camino por la misma derrota.
La gente de estas islas es gente crecida, algo morenos, tienen largos los cabellos, no alcanzan ropa sino de unas palmas hacen masteles y unas esteras; son tan primorosas las esteras que parecen de lejos que son de oro, con aquellas se cobijan; tienen los hombres barbas como españoles, tienen por armas unas varas tostadas, lo que comen no se vido porque no tuvimos comunicación con ellos; están estas islas en once grados de la banda del Norte.
Navegamos la noche siguiente, otro día a medio día dimos con otras islas de la misma maña y de la misma gente, metímonos por las islas adentro para ver si pudiéramos el agua que hicimos y por la necesidad que teníamos de agua para beber, en las cuales dichas islas tomamos puerto en una de ellas la cual estaba despoblada, y saltamos en tierra toda la gente a buscar agua y hallamos un xaguey, un tiro de ballesta de la costa; era la isla pequeña que podía tener de los box una legua, estuvimos en esta isla ocho días tomando agua y leña, y aquí

[3] Granado anota: "El 29 de Diciembre -60 días de navegación- nos vimos ante una isla. El piloto certificó que era la isla de los Ladrones, donde á Magallanes le hurtaron el mastel**.**

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

no se pudo tomar el agua que el navío hacía; obra de tres leguas de esta isla está una isla poblada y vinieron la gente de ella y allegaron junto del navío y nunca quisieron conversar con nosotros, y volviéronse a su isla; ésta está en once grados.
Después volvieron los indios y metiéronse en un bajo medía legua de la isleta adonde nosotros estábamos, allí estaría obra de diez y seis indios, fue un español por el agua porque era bajo hasta la rodilla y llegó a donde los indios estaban y ellos le esperaron y abrazaronle y ellos tomaron mucho placer con él, y díjoles el español por señas que viniesen a la isla adonde nosotros estábamos, y como no entendían no quisieron venir y se fueron a su isla, y el español se volvió sin hacelles mal ninguno.
Allí tomamos diez y ocho pipas de agua, y otro día nos hicimos a la vela con el viento LesNordeste la via al Hueste anduvimos este día treinta leguas, dejamos las islas a medio día[4]
Otro día corrimos la misma derrota y anduvimos veinte y cinco leguas.
Otro día fuimos por la misma derrota, andaríamos quince leguas.
Otro día nos dio calma, estuvimos siete día son calmas, de aquí nos empezó a adolecer la gente, y **al** cabo de los siete tomó el mismo Les Nordeste, ***e*** hicimos nuestro camino al Hueste; andaríamos este día treinta leguas.
Otro día hicimos el mismo camino y andaríamos treinta y cinco leguas.
Otro día andaríamos por la misma derrota otras cuarenta leguas.
Otro día andaríamos cuarenta y cinco leguas.
Otro día preguntó el Capitán al Piloto que qué tantas leguas podríamos estar de la tierra, que íbamos a buscar, y él dijo que estaríamos ciento **y** cincuenta leguas; este día anduvimos treinta leguas.
Otro día andaríamos otras veinte y cinco leguas con el mismo viento.
Otro día día el Piloto que se hallaba mal dispuesto, andaríamos este día veinte leguas.
Otro día el Piloto estaba muy malo que no entendía en nada, abajámoslo de arriba abajo y hizo testamento y en acabándolo de hacer murió; decíase el Piloto Ortuño de Arango, natural de Portugalete, este día anduvimos quince leguas, este mismo día echamos a la mar al Herrero.[5]
Otro día cayó malo el Tonelero y murió a cabo de veinte días este día estábamos en **cal**ma, durónos dos días.
Otro día tornó a refrescar el viento Les Nordeste, a la tarde tres horas antes que se pusiese el sol anduvimos este día diez leguas; este mismo día vimos la tierra antes que anocheciese, toda la noche estuvimos amainadas las velas, y siendo de día fuimos a la vuelta de la tierra y vimos un muy buen puerto, el cual tomamos a hora de comer, fuimos y surgimos en él y echamos la barca en la mar, y fuimos a enterrar a un marinero que se llamaba Cansino, natural de Palos.[6]

---

[4] 18 de Enero de 1528 dejamos en un árbol grande una carta en una botija diciendo el rumbo que llevábamos, por si volvían *a* buscarnos". Granado se refiere a las otras dos carabelas que formaban parte de la expedición y que habían desaparecido.
[5] Granado precisa la fecha de la muerte del piloto Ortuño de Arango: “El sábado 25 de Enero del año 28, con su nombre, corrí al Oeste diez leguas. Este día se me murió el piloto que llevaba y un herrero y quede sin piloto. Estaré de la boca del Archipiélao setenta leguas. Puse por piloto a Viurco; no sabía nada del altura, más de ser buen hombre de la mar y tantear bien”.
[6] Nuevamente es el escribano Granado el que nos da la fecha exacta de la muerte del marinero García Alonso Cansino, que era familiar de los celebres Pinzones, uno de los cuales sirvió de testigo –Vicente Yáñez Pinzón- en la información que se hizo en Sevilla el 26 de Mayo de 151 1.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Esta Isla era despoblada, y buscando de comer no hallamos sino marisco, y allí estuvimos veinte y ocho días que no osamos salir del puerto por los grandes tiempos, porque era invierno en aquella costa, esto era en fin de enero; en esta isla tomamos agua y leña, está esta isla en diez grados.
De aquí nos hicimos a la vela y salimos con Norte y corrimos al Sur, y esta Isla está obra de una legua de una isla grande llamada Mindanao, y corrimos por la misma costa de ella hasta ochenta leguas en cinco días desde que salimos de la isleta y andando navegando por la costa salió un Rey en un caraluz (es como un bergantín pequeño) tres leguas en la mar a nosotros, y llegose a bordo a un tiro de piedra de nosotros adonde nos hablaba por señas y lo oíamos y nos decía por señas que nos fuésemos a tierra que nos daría agua y arroz y cocos, y así nos fuimos tras él y surgimos en tierra en una punta con dos anclas una al Sur y otra al Norte, corríase la costa Norte Sur; surgimos después de mediodía y llamamos a los naturales que se llegasen a bordo, y ellos no quisieron llegar, y de que vimos que no querían llegar, tomamos botijas y se las echamos a la mar diciéndoles que nos trujesen agua, y ellos las tomaron y fueron a tierra y nos trajeron agua, la cual nos metieron en la barca, no consintiendo que entrase hombre en ella sino desde el navío las botábamos con una lanza estando la barca amarrada con su cadena, y así tomamos obra de diez botijas de agua.
Otro día por la mañana vinieron ellos y mucha gente por tierra, y entre ellos venían muchas mujeres cargadas con muchachos y pusiéronse enfrente del navío que estaba de tierra un tiro de ballesta.
Este Rey se llama Catonao en su lengua y un yerno suyo que también es rey, vino en un parol, que es como bergantín, con tres personas y niño hijo suyo en los brazos, y éste se llegó al navío y entraron dentro, y el Capitán los recibió muy bien y tomole el niño de los brazos, y dioles unas cuentas que se llaman abalorios y diéronles de comer y vino aunque no lo bebió y estuvo en el navío obra de media hora y dijo que se quería ir y fuese a tierra con su suegro que estaba en tierra; y había en la costa según parecía obra de trescientas personas.
Esta noche siguiente vinieron en un caraluz tres o cuatro hombres y pusieronse sobre la boya que teníamos a tierra y zambulleronse hacia abajo y tiraron del ancla y la levantaron y subieron encima del caraluz asida por el amata y tiraron de ella creyendo llevar el navío tras sí, y como no lo pudieron llevar cortaron el amata y llevaron el ancla a tierra y tomaron un bejuco tan grueso como la muñeca, que ternía trescientas brazas, y volvieron adonde habían cortado el amata y ataron el bejuco al cable y volvieron a tierra, y toda la gente comenzaron a tirar por el amata para llevar el navío a tierra, lo cual hacían por parecer de tres españoles que ellos tenían cautivos de los que se perdieron del armada del Comendador Loaysa, y visto que no podían llevar el navío, preguntaron a los españoles que qué era la causa que no podían llevar el navío a tierra, y ellos le dijeron que debía tener otra ancla a la mar que los estorbaba, y ellos vinieron a la proa del navío en el mismo caraluz, y la vela que velaba los vido llegar y

---

Era hijo de Juana González, la Pinzona, y de Pedro Alonso Cansino, vecinos de Palos. (Pasajeros a Indías, edic. ctad. pág. 40). Granado dice al respecto: "El sábado siguiente, que fue 1o de Febrero y víspera de la Candelaria, á hora de vísperas, vimos la tierra. Domingo adelante fuí sobre
ella y surgí: estuve lunes y martes. Este día 4 de Febrero de 1528 se murió Cansinola. Tarde me hice á la vela y fui sobre la isla grande del Arcón y surgí con dicho Arcón, y esta tarde sal5 á mi una canoa diciendo, ¡Castilla, Castilla!, con hasta siete personas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

metiéronse debajo del escobenque del navío, y el Capitán había mandado a la vela, que aunque los indios viniesen que no les hiciesen mal, y por esto el que velaba los dejó llegar tan cerca sin hablales ni deciles nada; y estando allí echaron mano a un alfange que traían para querer cortar el cabo, y visto aquello la vela habló, y como ellos vieron que eran sentidos se retiraron afuera riéndose como que hacían burla, y así se fueron a tierra, que ya era al alba.
Este día saltó el viento a la tierra y gateaba el ancla de tierra y entonces empezamos a halar por el cable, y halamos todo el cable adentro y hallamos lo cortado y atado el bejuco en el cable, y entonces vimos estar cortado el cable, y vimos la traición que querían hacer.
Este día por la mañana uno de los españoles que tenían cautivos se les huyó y metió en el arcabuz, y ellos viendo que aquel faltaba, creyendo que se hubiese ido al navío, se fueron todos sin decir nada y lleváronse consigo los otros dos españoles.
Este español se metió a la costa hacia nuestro navío debajo de unas piedras, y desde allí nos llamaba con la mano, y viéndolo del navío mandó el Capitán que fuese la barca a ver qué era, y llegando cerca el español se echó a nado, y lo tomaron en la barca y lo trujeron al navío, del cual supimos todo lo sobredicho y otras muchas cosas de la gente y tierra porque era muy gran lengua, llamábase Sebastián[7]**,** natural del puerto de Portugal, casado en la Coruña, al cual hicimos los refrigerios que se pudo, y el Capitán le dio de vestir.
Este español fue preguntado si sabía en qué grados estaba aquella tierra, el cual dijo que el bachiller Tarragona, que vino en el armada del Comendador Loaysa, dijo que una bahía que estaba cerca de allí había tomado ocho grados, esta gente se llama *célebe*, es una gente de muchas traiciones, es gente que alcanzan mucho oro y tienen minas de donde lo sacan, vístense de paños de algodón bueno, es gente blanca de buena disposición y las mujeres son hermosas, andan en cabello ellos y ellas, tienen por armas unas espadas que les llaman alfanges, y lanzas y flechas y cerbatanas con yerba que tiran con la boca puesta la yerba en una saetica de un palmo, tienen armas defensivas unas corazas de pescados y coseletes de algodón muy buenos, tienen tiros de pólvora de bronce, saben hacer pólvora, es gente de guerra, y tienenla unos con otros; hay entre ellos Reyes coronados con sus coronas de oro y piedras de mucho valor, tienen muchos puercos, gallinas y arroz y otras muchas comidas.

De aquí nos hicimos a la vela con Norte y allegamos a un cabo que se llama Tacabna, que está en cinco grados de la banda del Norte, está cincuenta leguas de donde nos tomaron el ancla; anduvímosla en tres días y pasamos el cabo y estando dos leguas delante de él al Sur diónos mucha cantidad de Norte, y amainamos la vela y estuvimosnos al reparo, después saltó el viento al Les Nordeste y metímonos por bahía dentro, y fuimos a parar a una isleta que ternía tres leguas de box: ésta está poblada tres leguas de la Isla grande y queriendo tomar puerto echamos sonda y no pudimos tomar fondo, amainamos la vela y

[7] Granado identifica plenamente al marino que rescataron: *El miércoles de Ceniza se vino a la costa un español, natural de la Coruña, que se decía Sebastian de Puerta, casado en la Fraxa de la Coruña, el cual venía en el Galeón Parral, en la conserva del gobernador Loaisa. Este Galeón llegó a esta isla que se dice Vizcaya; tiene una provincia que se dice Bixalio y otra Catile y otra que se dice Ratabahuy. Este estaba cautivo, y fue el que dijo que está el Maluco al Sur*.
Relación hecha por Francisco Granado de la armada de Saavedra. Documento Núm. XXXVI de la Colección Navarrete. Tomo V, pp. 463-465, (fragmento).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

fuimos con la barca a tierra, iba dentro el Capitán y otros doce hombres con la lengua y en llegando que llegamos un tiro de piedra de tierra, salieron los indios obra de cincuenta hombres, con sus armas, espadas y paveses y la lengua les habló diciéndoles que no tuviesen miedo, que ellos no iban a hacelles ningún daño sino a compralles bastimentos; y que se los pagarían, los cuales se espantaron viendo que les hablaban en su lengua y respondieron que irían a hablallo el Rey que estaba gotoso y que venía y que esperasen que por su dolencia no podía venir tan presto, el cual llegó que traía consigo su mujer y dos hijas mujeres y otros dos hijos hombres, uno de ellos le traía las armas y traía una armadura de cabeza de pluma en la una mano, y en la otra el espada y la rodela y llegó a la lengua del agua y se asentó en el suelo en unas mantas que le tendieron, y entonces le habló la lengua y díjole que allí venía un Capitán del emperador de España, y que venía a hacer paz con ellos y a tenellos por amigos y no hacelles ningún mal ni daño, y él respondió que qué querían, y el Capitán dijo que quería bastimentos y que se lo pagaría y él dijo que no podía dar nada hasta hacer paz con él, y que hecha él daría de lo que tenía; el Capitán preguntó a la lengua el orden que tenían de hacer paz, el cual dijo que la paz se hacía sangrándose de los brazos, y la sangre que el uno sacase había de beber el otro, y el otro la del otro, el Capitán le dijo que entrase en la barca que no tuviese miedo, y él respondió que no quería, sino que saltase él en tierra que lo podían hacer seguramente, pues veían que tenía allí su mujer e hijos, y queriendo el Capitán saltar en tierra, viendo que iban con sus armas y a punto de guerra les dijo que no saltasen con armas sino sin ellas, que él se temía que lo matasen o le hicieron otro agravio pues entraban armados y para podérsele hacer, porque él era enfermo y no se podría defender de ellos, que no saltasen en tierra sino se fuesen a su navío y que allí él les enviaría todo el bastimento que quisiesen muy al su placer, lo cual el Capitán aceptó y se volvió a su navío, y como en la bahía no había donde surgir por ser tan hondable no se pudo echar ancla, y estando así, saltó el viento al Norueste y fuenos forzoso dar vela y pasar adelante sin poder tornar a hablar del Rey que estaba en tierra; andaríamos este día diez leguas.

Saliendo de la bahía, dimos sobre dos islas, la una se llama Candiga y la otra Sartagan, ambas a dos son pobladas la una de la otra un cuarto de media legua: Candiga es una isla alta de un monte redondo alto, tiene de box tres leguas; la otra es baja, tiene unos cerros no muy altos, tienen de box cuatro leguas, estará de la isla de Mindanao tres leguas, están estas islas en cuatro grados.

Tomamos puerto a medio día y antes que surgiésemos salieron los naturales con sus caraluz hasta veinte personas y entre ellos traían dos españoles atadas las manos atrás, desnudos en cueros solo unas bragas; éstos eran de los de la armada del Comendador Loaysa y llegáronse al navío saludándonos los españoles en nuestra lengua y dijeron: Nosotros somos del armada del Comendador, y estamos aquí cautivos cinco meses ha, los cuales rogaron al Capitán por amor de Dios los rescatase y no dejase allí; entonces el Capitán les respondió, estad seguros que aunque me pidan todo cuanto yo traigo con tanto que no sea él navío yo os dejaré, hablad a los naturales y decirles como yo vengo en nombre del Emperador a hacer paz con ellos, y que querría algunos bastimentos que se lo apagaré muy a su placer, y así se fueron a tierra y el navío surgió y los naturales tornaron a volver al navío después de surto con

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

los mismos españoles, y nos hablaron diciendo que primero que nada nos diesen se había de hacer la paz, la cual se hacía bebiendo la sangre, como ya es dicho; el Capitán les dijo que entrase uno de ellos en el navío e iría un español a tierra, y así se hizo que fue un español en tierra y quedó un natural de ellos en el navío en rehenes hasta que el español volviese, y luego otro día vino el Rey y hízose la paz y trujeronnos muchos bastimentos de gallínas, arroz y vino de la tierra y batatas y clavo y canela por lo cual se les dio mantas y masteles ricos de los de la Nueva España; estuvimos tres días en esta isla, en los cuales rescatamos los dos españoles por los cuales pidieron por su rescate oro, señalaron bulto de setenta pesos los cuales el Capitán les dio de una barreta que llevaba fundido y marcado, y tomaron el navío los dos españoles y más les dio por rescate de los dichos una barra de hierro que ellos pidieron, y estos dichos españoles, nos dijeron como los Castellanos estaban en una isla que se llamaba Tidore en una fortaleza y que tenían guerra con los portugueses; estaban de aquesta isla cien leguas.

Hicimonos a la vela con Norte la vía del Sur y anduvimos cuatro días viendo siempre islas pobladas y llegamos a la isla de Ternate donde los portugueses tienen una fortaleza, y a medio día vimos venir unas coracoras que son unos navíos que hay por aquella tierra que eran tres donde venían cinco o seis portugueses, la una de ellas se llegó a nuestro navío y respondimos que era de España y veníamos de la Nueva España, y sin más nos hablar ni decir cosa volviéronse a más andar, y se fueron a su fortaleza que estaría de nosotros diez leguas.

Este mismo día a la tarde vino a nosotros tres coracoras de la ciudad de Gilolo, donde los españoles del Comendador Loaisa tenían una fortaleza y llegaron a nosotros, y en cada una venía un español los cuales nos preguntaron que de donde era el navío y les dijimos que de España, y ellos no nos creían diciendo que les burlábamos que éramos portugueses, a los cuales se les dijo que mirasen la bandera que eran las armas del Emperador y les certificábamos que éramos españoles como lo decíamos, que se llegasen a nosotros y no hubiesen miedo y habiéndoles hecho todos los juramentos que se podían hacer que éramos españoles, no lo creían y con temor se llegó el uno de ellos y entró dentro en nuestro navío, y como se acabó de satisfacer que éramos españoles llamó los otros dos y también entraron dentro, y hablado a todos el Capitán supo de ellos como diez leguas de allí estaba el Capitán Hernando de la Torre con hasta ochenta hombres de los del armada del Comendador Loaisa, y luego se partió uno de los españoles a dar mandado y facer saber nuestra venida al dicho Capitán y quedaron en nuestra nao los otros dos españoles, y las otras dos coracoras con los naturales fueron a dar mandado al Rey Tillo que estaba tres leguas de allí.

Otro día por la mañana vimos venir una fusta y diez o doce coracoras que la traían remolcando, porque era calma, y éstas vinieron de la isla de Ternate donde los portugueses están y se llegaron a nuestro navío y viéndolos venir los dos españoles que en nuestro navío habíamos recibido, dijeron al Capitán que aquellos venían para prenderlo o echar a fondo el navío, que como hombres que los conocían les avisaban que no los dejasen llegar y que les tirase con sus tiros para desviallos, porque llegando cerca de ellos serían señor de él y él no de ellos; el Capitán respondió que él no venía para pelear con nadie ni hacelles ningún

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

daño entre tanto que ello no se le hiciesen, y llegados a nosotros nos saludaron y preguntaron que de dónde era el navío, a los cuales dijimos que de la Nueva España y el Capitán que en la fusta venía que se decía Hernando de Vanday, dijo que pasase nuestro Capitán allá en su barca y nuestro Capitán le respondió que se embarcase él en la suya, y él haría lo mismo, y partiesen el camino y allí se hablarían, el cual dijo que no quería sino que fuese él a su fusta y nuestro Capitán respondió que no quería dejar su navío y entonces les preguntó nuestro Capitán que si había algunos españoles en aquella tierra, los cuales respondieron que había siete u ocho meses que había llegado allí una nao de España y ellos los habían llevado a su fortaleza y dádoles bastimento y carga de especia, y enviádolos a España, y lo mismo harían a ellos que fuesen a su fortaleza, el Capitán dijo que se fuesen adelante que él se iría tras ellos, y ellos dijeron que no se habían de ir sino llevallo consigo, y visto que no quisimos facer lo que ellos decían nos fue requerido que nos fuésemos con ellos donde no que el daño que se recreciese fuese a culpa del Capitán, y nuestro Capitán respondió que si en la tierra no hubiese españoles que él haría lo que ellos decían pero que si los había que él quería ir donde ellos estaban pues eran naturales de su reino, y a aquello venía él, los cuales dijeron que no los había en toda la tierra, entonces dijo uno de los españoles a un Ximon de Vera, que era el que hablaba lo que su Capitán mandaba, ah Ximon de Vera, por qué no habláis verdad, y de que ellos esto oyeron fueronse cara popa y mandaron al lombardero que diese fuego a un cañón pedrero que tenían a la proa el cual dio fuego, y quiso Dios estorbar que no saliese, y lo mismo hicieron los otros tiros que nos quisieron tirar que nunca salieron, y visto lo que querían hacer el Capitán mandó dar fuego a nuestra artillería y tiramos los tres tiros sin hacelles ningún daño, porque como la fusta era pequeña y estaba muy junto de nosotros no la pudimos coger y en este tiempo armose un aguacero del Sueste y tiramos la via del puerto de la ciudad de Gilolo donde los españoles estaban.[8]

Y luego con el viento los dejamos por popa los cuales siguieron tras nosotros y no nos pudieron alcanzar y así nos fueron siguiendo y tirando tiros hasta llegar al puerto, y después que hubimos llegado se volvieron los portugueses a su fortaleza y toparon en el camino un bajel en que venía otro Capitán con gente de socorro y mucha artillería y volvieron sobre nosotros y pusiéronse a tiro, donde nos podían tirar y comenzaron a darnos batería y nosotros a ellos, quiso Dios que nos dieran más de un tiro en el mastel mayor que nos pasaron la vela cogida y cayó la pelota sobre la cubierta sin hacer mal a nadie, estarían tres o cuatro horas bombardeándonos y estando en esto venía en nuestros socorro una fusta que los nuestros tenían que la enviaba el Capitán Hernando de la Torre, y vista por los portugueses se retiraron huyendo y se fueron a su fortaleza.

Allí donde estábamos surtos estaba la fortaleza que tenía la gente del Comendador Loaysa y allí estaba por Capitán Hernando de la Torre, natural de

[8] Todo el afán con que los españoles defendieron las islas del Maluco le valieron al Emperador Carlos V, trescientos cincuenta mil ducados, cantidad que pagó el Rey Don Juan de Portugal por ellas. Con ese dinero se fue Carlos V, a Italia –año de 1529- para que el Papa le ciñese la corona imperial, Francisco López de Gómara: Historia de las Indias, Madrid, 1925, B.A. E. Editorial Hernando, S.A. pág. 222.

Otro si: Capitulación hecha en Zaragoza entre los embajadores de España y Portugal, sobre la transación y venta que el emperador Carlos V, hizo al Rey de Portugal de las islas del Maluco, en la forma en que se expresa. (Arch. De Ind., en Sevilla Leg. 1, papeles del Maluco de 1519 á 1547).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Burgos, (hijo de Alonso de la Torre y de Catalina Montenegro), el cual tenía hasta ciento y veinte hombres y dos docenas de tiros de artillería y aquella fusta que vino en nuestro socorro: Nuestro Capitán y toda la gente de nuestro navío que serían hasta treinta hombres, saltamos a tierra y fuimos muy bien recibidos del Capitán y de los demás que allí estaban de los cuales supimos que había que estaban allí, ochos meses que habían llegado con la nao Capitana sola, y el Rey de Tidore los había recibido de paz y dádoles todos los bastimentos que habían menester por sus dineros; ese Rey de Tidore que se llama Rasamira los recibió en aquel puerto y se favoreció de ellos contra los portugueses que le daban guerra y había recibido malas obras de él por estar bien con las cosas de nuestro Emperador, porque como muchos días antes allí había estado el Capitán Espinosa con una nao de la armada de Magallanes y de esto nos conocían y tenían amistad a nuestra España, el dicho Capitán Hernando de la Torre nos aposentó a todos haciéndonos muy buen tratamiento; estuvimos allí dos meses dando carena a nuestro navío y aderezándolo de todo lo necesario dende a dos días que estábamos surtos tornaron los portugueses con su fusta y su batel a bombardearnos y no nos hicieron ningún daño.

Dende a quince días tornaron a venir con su fusta y ellos venían con intención de bombardearnos nuestro navío que teníamos en seco para dalle carena y creyendo que la fusta del Capitán Hernando de la Torre no estaba allí porque así les había dicho una espía, que habían enviado para ello, venían junto a la costa escondidos para podello hacer más a su salvo y como fueron sentidos la fusta se aderezó de gente e iba por Capitán un Fulano de los Ríos, natural de Toledo, el cual iba avisado que no se pusiese a bombardear con ellos por la mucha artillería que solían traer sino que aferrasen y así lo hizo, que llegado a donde lo pudo hacer, abordó con la fusta a los portugueses y les mató con el artillería y escopetas mucha gente y al Capitán de la fusta que se decía Fernando de Vanday, y muerto el Capitán los demás se dieron y fue traída la fusta a nuestra fortaleza y la gente de ella presa.

Nuestra nao se acabó de aderezar en fin de mayo de mil quinientos y veinte y ocho, y aderezada vino un portugués de la fortaleza suya con una carta para nuestro Capitán Alvaro de Sayavedra, la cual era de Gonzalo Gómez de Acevedo, Capitán que allí había poco que había llegado con doscientos hombres y cinco navíos, y por voluntad del Capitán don Jorge de Meneses, luego que esta gente llegó, quisiera venir sobre nosotros a destruirnos, a lo cual no le salió el Gonzalo Gómez de Acevedo diciéndole que le mostrase mandato del rey de Portugal que era servido de ello que él lo haría porque donde que él no quería hacer, y en la carta escribía al Capitán Alvaro de Sayabedra que fuese en un parol y que él venía en otro para que hablasen, y esto no tuvo efecto por muchas razones que Hernando de la Torre daba por donde se estorbó.

Visto por nuestro capitán estar aderezada su nao se determinó de embarcar y aderezó su matalotaje y lo necesario y el Capitán Hernando de la Torre dio obra de sesenta quintales de clavo de lo que tenía del Emperador.

Estando para embarcarnos, un Ximón de Brito, portugués que allí estaba con Hernando de la Torre que de su voluntad allí se había venido, dijo a nuestro Capitán que él quería venirse con nosotros, y como nuestro Piloto se nos había muerto y éste nos dijeron que lo era y por ruego del Hernando de la Torre el Capitán holgó de ello, y otros cuatro portugueses de los que se habían tomado

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en la fusta también los recibió y se les asentó su sueldo, y ansi nos embarcamos hasta treinta hombres y nos hicimos a la vela a tres de junio de dicho año.

De allí salimos con Sudueste y corrimos al Lesnordeste, y anduvimos tres días y al cabo de ellos nos dieron calmas, la cual tuvimos veinte y cinco o treinta días y tornonos a dar un poco de tiempo, con la el cual anduvimos obra de doscientas cincuenta leguas que llegamos a una isla que se llama la Isla del Oro, aquí tomamos puerto; esta es una isla grande muy poblada de una gente negra, los cabellos crespos, desnudos, tienen armas de hierro y espadas, y estos nos daban de comer por nuestro rescate gallínas y puercos y arroz y frijoles y otras comidas muchas; estuvimos allí treinta y dos días por no tener tiempo para navegar.

Y estando para hacernos a la vela este Ximon de Brito y los otro cuatro portugueses, estando nuestro capitán en tierra, se metieron en la barca diciendo que iban a la isla los cuales se hicieron a lo largo de la mar la vuelta de donde habíamos venido, y nos llevaron la barca, sin poder estorbárselo los del navío ni los que estaban en tierra.

Visto por el Capitán que la barca y aquellos se habían ido, hizo una balsa y se fue al navío con la gente que con él estaba, y acordó de hacerse a la vela y así lo hizo y de allí salimos con Sur y corrimos al Leste catorce leguas a una isla por la cual corrimos cien leguas por islas que había muchas, y surgimos en un isleo poblado y los naturales de allí salieron en unos paroles a nosotros dos leguas en la mar a flecharnos; ésta es una gente negra y desnuda, feos, estuvimos allí tres días y aquí tomamos tres indios y los metimos en el navío y nos hicimos a la vela y corrimos obra de doscientas y cincuenta leguas hasta dar en otras islas pobladas de gente blanca barbados, los cuales salieron en sus paroles a nosotros con hondas y piedras amagando para tirarnos, y así se tornaron a su Isla; esta Isla está en siete grados.

Desde allí corrimos al Norte y Nornorueste hasta llegar en catorce grados y allí nos dieron vientos contrarios les nordeste muy recios tan forzosos que nos fue necesario arribar la vuelta de donde habíamos venido, y con este tiempo corrimos hasta una isla que está trescientas y ochenta leguas de Maluco que una de las islas que se llama de los Ladrones y no la pudimos tomar, pasamos de la banda del Sur de ella y corrimos al Hueste hasta la isla de Mindanao, llámase aquella costa Visaya nombre de los naturales de la tierra y de allí fuimos a Sartagan adonde habíamos dejado un español cuando por allí pasamos que estaba malo y allí tomamos puerto y estuvimos dos días esperando indios que nos diesen agua y nos dijesen del español, los cuales vinieron y nos dijeron que el Rey no estaba allí, y que se había llevado consigo al español y mentían, que lo habían vendido, lo cual supimos después en Malaca del mismo español que estaba allí que se decía Grijalva y como no teníamos barca ni remedio con que tomar agua ni los indios no las quisieron dar, tiramos nuestro camino hasta ir a reconocer las islas de los Menhao que están veinte leguas de las islas de Maluco y de allí nos fuimos a la isla de Tidore donde habíamos salido la primera vez. Allí hallamos a Hernando de la Torre con la gente que antes tenía y aquí tomamos puerto.

Aquí llegamos por el mes de octubre del año de quinientos y veinte y ocho y tornamos a varar la nao y dar carena y mudar el plan, en lo cual estuvimos seis meses.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Aquí hallamos a Ximon de Brito y uno de los que con él huyeron con la barca, el cual había dicho que el navío y todos nosotros nos habíamos perdido y él se había escapado en la barca; contra él procedió el Capitán Hernando de la Torre y lo sentenció a hecho cuartos, y al otro a ahorcar, y así lo hizo.

De aquí nos tornamos a hacer a la vela a ocho de mayo, y salimos al Es Nordeste y anduvimos por el mismo camino que primero habíamos hecho y por las mismas islas y llegamos a donde habíamos tomado los tres indios ya dichos; los dos de ellos a la vuelta se nos habían echado a la mar y el otro trujimos hasta allí, y allí lo echamos en la misma isla donde lo habíamos tomado, el cual iba cristiano y ladino de nuestra lengua, el cual se echó para que dijese a los indios qué gente éramos y que nos trajesen algunos bastimentos, que se lo pagaríamos y por echar la barca fuera y porque él se atrevió a ir a nado el Capitán lo echó a nado por su voluntad y los naturales de la isla lo vimos que lo mataban en el mar, y en fin lo mataron.

Hicímonos a la vela tirando nuestro camino al Es-nordeste, y obra de doscientas y cincuenta leguas hallamos otras islas pequeñas, la una de ellas tenía cuatro leguas y las otras cuatro tenían a legua cada una; todas pobladas de gente morena barbados desnudos con unos masteles de palmas.

Aquí salió a nosotros en un parol cuatro o cinco indios y se allegaron tan cerca de nosotros que nos hablaban, y por señas nos decían que amainásemos y uno de ellos nos tiró una piedra muy recia que nos dio en un costado del navío a la popa, que nos hendió la tabla en que dio el golpe; el Capitán mandó armar una escopeta y que le tirasen, no le acertaron y así se fueron a su isla y nosotros nuestro viaje; estas islas están en siete grados y de donde partimos mil leguas, y de esta Nueva España otras tantas.

De allí corrimos al Nordeste y anduvimos ochenta leguas y hallamos otras islas bajas y en una de ellas surgimos y estando surtos alzamos una bandera y vimos gente, y llamándolos con la bandera vinieron a nuestro navío seis o siete paroles y surgieron por proa de nuestro navío y el Capitán se puso a la proa, y les echó una manta y un peine, y ellos la tomaron y tomándola se llegaron a bordo y entraron todos dentro, que serían hasta veinte hombres y entre ellos una mujer que se creyó ser hechicera, la cual ellos traían para que les dijese qué gente éramos según lo que la india con cada uno de los que en el navío estaban hacía de tentarnos con sus manos; el Capitán les hizo buen tratamiento y le dio de lo que en el navío traíamos, y con ellos nos hicimos amigos, por manera que un español se atrevió a ir con ellos a tierra y así fue, y en saltando en tierra luego vinieron los señores de la tierra a hablar al español y lo llevaron consigo a sus casas, que son grandes y cubiertas de palma; esta gente es blanca y pintados los brazos y cuerpo y las mujeres son hermosas y los cabellos negros y largos, andan cubiertas todo el cuerpo con unas esteras muy delgadas y primorosas y descalzos, tienen por armas varas tostadas y por mantenimiento cocos y pescado; esta isla será de una legua, allí saltó en tierra el Capitán y toda la gente y salieronlos a recibir los hombres y mujeres con atambores y cantando, y el Capitán se asentó en un bohío con el Señor en cual entre otras cosas que al Capitán preguntaba, le preguntó que qué era una escopeta que vido, y por señas se le dio a entender lo que era, dijo que la tirasen y por hacelle placer la mandó el Capitán tirar y fue tan grande el temor que todos tuvieron de oilla soltar que todos cayeron en tierra amortecidos y temblando el Señor y toda la gente comenzó a huir fuera de los bohíos por los palmares adelante y el Señor y otros

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

estuvieron quedos aunque bien asombrados, y salió de allí él y toda la gente que serían hasta mil ánimas, se embarcaron en sus paroles, y se fueron a una isla tres leguas de allí; nosotros nos estuvimos quedos sin hacelles ningún daño, y por ir mal dispuesto el Capitán estuvimos ocho días en aquella isla, en los cuales tomaron a venir los indios, y nos ayudaron a tomar diez y ocho pipas de agua y nos dieron dos mil cocos, y hacían todo lo que nosotros les mandábamos. Estas islas están en once grados de la banda del Norte de la línea.

De allí nos partimos con Lesnordeste al Norte y anduvimos hasta ponernos en veinte y seis grados, y aquí nuestro Capitán murió, y al tiempo de su fin y muerte llamó a toda la gente y a todo rogó que navegasen hasta treinta grados, y que puesto allí sino hallasen tiempos con que venir a la Nueva España, que se volviesen a Tidore y diesen el navío y todo lo que en él iba al Capitán Hernando de la Torre, para que hiciese lo que fuese servicio de Dios Nuestro Señor y del Emperador; señaló por Capitán a Pedro Laso, natural de Toledo, el cual murió dende a ocho días y quedaron por principales el Maestre y Piloto, y así corrimos hasta ponernos en treinta y un grados siempre con vientos contrarios, y como allí no hallamos tiempo que nos ayudase, fuénos forzoso arribar por donde habíamos venido.

Desde los treinta y un grado corrimos al Hueste hasta llegar a una isla de los Ladrones y allí tomamos puerto; en los treinta y un grados nos hallábamos de las islas de Maluco, mil y doscientas leguas; en esta isla estuvimos un día y tomando algún refresco, y allí perdimos un ancla.

Desde allí nos hicimos a la vela la vuelta de Maluco y anduvimos hasta la isla de Visaya y no la pudimos tomar, pasamos de largo y fuimos a las islas de Taraole que están de Maluco ciento y veinte leguas, y nunca pudimos tomar fondo, y por esta causa nos pasamos de largo y fuimos a la isla de Gilolo y allí fuimos a Zamazo[9] que es la misma costa de la Isla y allí surgimos en el puerto.

A este puerto llegamos en fin de octubre y allí hallamos al Capitán Hernando de la Torre[10], el cual había perdido la fortaleza de Tidore que se la habían tomado los portugueses, al cual se le entregó el navío con todo lo que él iba y el Capitán se entregó en él, y así del navío como de la ropa y hacienda que de nuestro capitán iba se hizo cargo.

Toda la gente que en el navío iba que serían hasta diez y ocho hombres saltamos en tierra, y visto que el navío se perdió de broma y que los que allí estaban pasaban mucho trabajo con la desorden que había, (fuimos) unos a Malaca y otros quedándose allí nos desbaratamos; los que fueron a Malaca fuimos presos por el Capitán don Jorge de Castro, el cual nos mandó que no saliésemos ni nos dejasen salir de allí donde estuvimos dos años y medio, y de veinte hombres que allí fuimos no escaparon sino nueve personas, y hasta que del Rey de Portugal vino mandado que nos dejasen ir nos tuvieron allí.

---

[9] Puerto de Zamapo, en la isla de Batoulaim. Era gobernador del pueblo Bubacar, vasallo del Rey de Tidore.

[10] El Capitán Hernando de la Torre, junto con algunos supervivientes de la expedición de Magallanes y de Saavedra, regresó a España en 1538. Entre los que regresaron con él se encontró el escribano de la armada de Saavedra, Francisco Granado, que en ese año pidiese le paguen sus sueldos de los once años que ha servido a S.M.

AGI., Patronato Real. Papeles de Simanca, T. I, fol. 149 Est. I. Caja 2 Leg 1/10.

Expedición al Maluco papeleta 13, Duplicado T. III de Patronato Real. Fondos recopilados en Europa por Don Fco. del Paso y Troncoso (En el Archivo del Museo Nacional de México).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El autor de todo lo dicho es Vicencio de Nápoles, el cual partió en la dicha armada de la Nueva España y anduvo en todo lo dicho y vino a Portugal y de allí a España y fue a la corte de S. M. y hizo relación de todo el viaje, y pidiendo ayuda para su trabajo le mandaron dar catorce ducados, y éstas fueron las mercedes de los del Consejo.

Todas las relaciones y padrones de toda la navegación tomó el Gobernador de la Indía Nuño de Acuña a Hernando de la Torre, porque habían quedado en su poder.

Este hombre que se dice Grijalva que atrás dijimos haber dejado en una isla y no se aclaró quedó por olvido y pasó de esta manera:

Al tiempo que íbamos en nuestra navegación para las islas del Maluco, llegamos a la isla de Sartagan que es en el Archipiélago, está de Maluco obra de ciento y veinte leguas; en esta isla tomamos puerto y estuvimos tres días contratando con los naturales, comprando bastimento de gallínas y puercos y arroz porque tienen cantidad de ello, este Grijalva iba muy doliente tanto que se creía no escapar; él pidió al Capitán que por cuanto él estaba para morirse, le hiciese merced de dejarlo en aquella isla y viendo que estaba muy malo el Capitán lo dejó al Gobernador de aquella isla rogándole por la lengua que llevaban que le curasen y tratasen bien, y los naturales respondieron que lo harían, y así se partió el navío.

Este español estuvo allí en la isla ocho meses, y el Gobernador de ella lo vendió al Rey de la isla de Mindanao, y allí estaban otros españoles de los que se habían perdido del Armada del Comendador Loaysa, lo cual se supo en Malaca, y el Gobernador García Desa, escribió al Rey de Borneo que tres españoles que estaban en la dicha isla en su poder los enviase a Malaca, y este Rey habló a los españoles diciéndoles que de Malaca enviaban por ellos que si ellos se temían de ir allá que no los enviaría y que si querían ir que les daría en que fuesen, y ellos dijeron que querían ir y el Rey les dio un junco en que fuesen, los cuales fueron a Malaca que hay desde aquella isla hasta Malaca vimos a estos españoles de quien se supo lo sobredicho.

Esta isla de Borneo tiene de box más de ciento y cincuenta leguas; en ella están moros y gentiles, tienen guerra los unos con los otros, están amigos de los portugueses pero no les contribuyen de cosa ninguna más de contratación que tienen con ellos en compralles Canfora que hay mucha cantidad y esclavos que los venden &.

Concuerden estos traslados con sus registros originales que quedan en este dicho Archivo (a que me refiero) y van escritas en sesenta y siete fojas de papel con ésta, rubricadas de mi señal, en cuya certificación lo firmé en la dicha fortaleza y Archivo Real de Simancas a diez días del mes de julio de mil setecientos sesenta y nueve años.

Derechos con papel sellado
Trescientos. Vale.
Don Manuel Santiago de Ayala.
Rúbrica.

Archivo General de la Nación,
Archivo del Hospital de Jesús. Legajo núm. 438, exp. núm. 1. (Sin foliar).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

APÉNDICE: ACTUALIZACIÓN VERSICULADA AL ESTILO DEL ARCHIVO DE LA FRONTERA:

Es un placer presentar en el Archivo de la Frontera esta hermosa relación de uno de los viajes clásicos a las islas Molucas del siglo XVI, gracias a la cortesía y buen hacer de María Luisa Rodríguez-Sala, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), a quien se lo agradecemos desde aquí, a la vez que ponemos a su entera disposición esta plataforma digital en la que, desde hoy mismo, la consideramos de nuestro consejo científico y editorial, si lo tiene a bien.

En esta edición digital versiculada, al estilo de la plataforma del Archivo de la Frontera, hemos resaltado las dos ocasiones en las que en el texto aparecen nadadores, para integrarlo también en una serie literaria de Nadadores que poco a poco se va construyendo en este repertorio de literatura de avisos, literatura de la información o literatura de la frontera, la que nos gustaría integrar plenamente en nuestra literatura común hispana del siglo de oro, más allá y más acá de todos los océanos, levantinos o ponentinos, de este planeta azul común, de nuestra Tierra.

***

VICENCIO DE NÁPOLES
RELACIÓN DEL VIAJE DEL CAPITÁN ÁLVARO DE SAAVEDRA CERÓN AL MALUCO

Título de la relación y presentación de la expedición fletada por Hernán Cortes

Relación de todo lo que descubrió y anduvo el Capitán Álvaro de Saavedra,
el cual salió del puerto de Zacatula, que es en la Nueva España,
a primero de noviembre año de mil e quinientos e veinte y siete años;
la cual armada fue despachada por el Marqués del Valle don Hernando Cortés,
Capitán General por sus Majestades,
con tres navíos con todos bastimentos y aderezos necesarios
y artillería de bronce.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Álvaro Saavedra capitán de la expedición, en la nave *Florida*

Primeramente, el dicho Capitán Álvaro de Saavedra
iba en la nao nombrada la Florida
con treinta y ocho hombres de tierra y doce de la mar, que son por todos cincuenta;
llevaba tres tiros de farlera y diez de hierro.

Luis de Cárdenas, capitán de la nave *Santiago*

En la nao *Santiago*, iba por Capitán Luis de Cárdenas, natural de Córdova;
llevaba cuarenta y cinco hombres de tierra y de la mar;
llevaba un tiro de farlera y ocho de hierro.

Pedro de Fuentes, capitán de la nave *Espíritu Santo*

En el otro navío nombrado el *Espíritu Santo*, iba por Capitán Pedro de Fuentes, natural de Jerez de la Frontera;
llevaba quince hombres de la mar y de
tierra; tiros, medía docena de hierro.

DIARIO DE NAVEGACIÓN, desde el 1 de noviembre de 1527

El primer día de noviembre partimos del puerto de Zihuatanejo,
que está en la costa de la Nueva España.

Los vientos que nos dieron fueron estos que aquí diremos:
dieronnos los vientos Oeste y Vernoroeste; tiramos e hicimos camino
al Sursudoeste, andaríamos este día obra de diez leguas.

Otro día siguiente corrimos en el mismo viento, y andaríamos otras doce leguas.
Tercero día el mismo viento, y andaríamos quince leguas por la misma derrota.
Al cuarto día corrimos con el mismo tiempo quince leguas.
Al quinto día corrimos con el viento Noroeste; hacíamos el camino
al Sudoeste, anduvimos este día veinte leguas.
Al sexto día corrimos con el mismo tiempo; anduvimos veinte y cinco leguas.
El séptimo anduvimos por el mismo viento, y por la misma derrota
anduvimos treinta y cinco leguas [...]

El octavo día de navegación, una vía de agua en la nave capitana

Al octavo día corríamos al Sudoeste; este día anduvimos cuarenta leguas;

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

este día, a medio día, se descubrió un agua en la Capitana por popa
por un perno de la quilla, la cual era tanta que holgábamos medía ampolleta,
y dábamos dos a la bomba. Esta fue una agua que no la pudimos hallar,
y amainamos las velas y juntámonos con los otros navíos;
y fuimos a mirar debajo de cubierta, el dicho Capitán Álvaro de Saavedra;
y buscóse el agua, y no se pudo ver por donde entraba, ni se vio
hasta llegar a una Isla que se llama Mindanao (llámanla los españoles
la Mendana). Y fuimos con ella dos meses y medio.

Este día se platicó con los otros capitanes el agua que la Capitana llevaba,
a los cuales pareció que *desde allí nos volviésemos a la Nueva España*;
y el capitán Álvaro de Saavedra preguntó al Piloto
que *qué le parecía de aquella agua*;
y dijo que *por aquella agua no dejásemos de seguir el viaje*, y así lo hicimos.

Y por el trabajo que se pasaba de dar a la bomba el dicho Capitán
tomó de los otros navíos la gente de más trabajo, y pasó de la suya a los otros;
y los capitanes le dijeron que se pasase en el otro navío que no hacía agua,
y él respondió que en aquel navío partió y que en él se había de perder o salvar.
Y así seguimos nuestro viaje.

Sigue el diario de navegación desde el noveno día hasta el día veinte

Noveno día estaríamos en la altura de once grados; corrimos al Oeste;
andaríamos este día treinta y cinco leguas de singladura.
Al décimo día anduvimos y corrimos la misma derrota; anduvimos cuarenta leguas.
Al onceno día por la misma derrota anduvimos otras cuarenta leguas.
Al doceno, por la misma derrota, anduvimos otras cuarenta leguas.
Al treceno día por la misma derrota anduvimos otras cuarenta leguas.
Al catorceno día corrimos por la misma derrota, y anduvimos
cuarenta y cinco leguas.
A los quince días, en la misma derrota, cuarenta leguas.
A los diez y seis, en el mismo tiempo, treinta y cinco leguas.
A los diez y siete días anduvimos cuarenta y cinco leguas.
A los diez y ocho anduvimos cincuenta leguas.
A los diez y nueve, treinta y cinco leguas.
A los veinte andaríamos setenta leguas por la misma derrota.

El día veintiuno de navegación creen ver tierra

A los veinte y uno, pareciónos tierra y fuimos en busca de ella toda la noche
al Oeste-noroeste, y por la mañana otro día no hallamos nada
y volvimos a nuestra derrota; anduvimos este día obra de veinte y cinco leguas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

A los veinte y dos días andaríamos en **la** misma derrota cuarenta leguas.
A los veinte y tres días andaríamos treinta y cinco leguas.
A los veinte y cuatro días andaríamos otras treinta y cinco leguas.
A los veinte y cinco días andaríamos treinta y cinco leguas.
A los veinte y seis días andaríamos setenta leguas.
A los veinte y siete andaríamos cuarenta y cinco leguas.
A los veinte y ocho días andaríamos cuarenta leguas.

Nueva vía de agua en la capitana el día veintinueve de navegación

A los veinte y nueve días se nos descubrió otra agua
en la misma nao Capitana, por la proa, de un convento falso,
y mojósenos un paño de pan que tendría hasta setenta quintales,
y todo el aceite, y el vinagre y otras cosas;
antes que descubriese esta agua, no nos quería gobernar el navío;
y dijo el Capitán al Maestre, que *qué era la causa porque el navío no gobernaba*;
y el Maestre le dijo que *no sabía la causa*;
y el capitán le mandó que *fuese debajo de cubierta a ver qué era aquello*,
y él dijo que *era tarde, que a la mañana iría y lo vería*.

Esta misma noche, yendo navegando no podía gobernar el navío;
y porque los navíos nos llevaban en medio porque no diésemos en ellos,
ni ellos a nosotros, quedámonos atrás; vínonos un aguacero;
el marinero que gobernaba tomó de lugar y atravesó la vela encima de la jarcia;
casi estuvimos para zozobrar, y en fin amainamos la vela;
los navíos pasaron adelante; y con el mucho viento que hacía,
en muy poco término desaparecieron de nosotros;
e hicímosles muchos faroles y nunca respondieron, y así los perdimos.
Nuestro Piloto echóse a dormir y no quiso seguir tras ellos;
y venido otro día por la mañana, nos hicimos a la vela por nuestra derrota
y nunca más los pudimos ver, ni rastro de ellos;
este día andaríamos treinta y cinco leguas.

Treinta días con la misma derrota, la nave capitana descolgada de las otras

Por la misma derrota, y con el mismo tiempo, corrimos otros treinta días
navegando también como los pasados;
y en todo este tiempo no vimos tierra ni señal de ella.

Cambio de derrota a los sesenta días de navegación, y avistan las Islas de los Reyes el día de Reyes de 1538

A los sesenta días, sábado en la noche mudamos la derrota
y corrimos al Oeste cuarta en el Sudoeste;

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

esta noche fue calma; anduvimos cosa de diez leguas.

Domingo por la mañana, siendo ya de día estaríamos una legua de tierra;
púsosele nombre a esta tierra, por el capitán Álvaro de Saavedra,
Las Islas de los Reyes, porque el día que las vimos era día de los Reyes.
Es un Archipiélago de Islas, que hay en él, según que vimos, diez o doce Islas;
y dicen estar todas pobladas; créese que hay muchas más islas;
sobre las cuales islas estuvimos tres días, voltejeando de una parte a la otra,
y no surgimos en ninguna de ellas porque es tan hondable
que aunque echamos el ancla, no pudimos tomar fondo.

Salieron los indios naturales de aquellas islas a nosotros
con unos navíos que ellos tienen pequeños, y no quisieron llegar a nosotros;
y visto que no se podía tomar puerto por causa de que había
muchos bajos antes de llegar a la tierra, y por el mucho tiempo que llevábamos
y no poder surgir en otra parte ninguna,
seguimos nuestro camino por la misma derrota.

La gente de estas islas es gente crecida, algo morenos, tienen largos los cabellos,
no alcanzan ropa sino de unas palmas hacen masteles y unas esteras;
son tan primorosas las esteras que parecen de lejos que son de oro;
con aquellas se cobijan. Tienen los hombres barbas como españoles,
tienen por armas unas varas tostadas; lo que comen no se vio
porque no tuvimos comunicación con ellos;
están estas islas en once grados de la banda del Norte.

Avistan otras islas y desembarcan en una despoblada para tomar agua

Navegamos la noche siguiente; otro día a mediodía dimos con otras islas
de la misma manera y de la misma gente; metímonos por las islas adentro
para ver si pudiéramos el agua que hicimos,
y por la necesidad que teníamos de agua para beber;
en las cuales dichas islas tomamos puerto en una de ellas,
la cual estaba despoblada, y saltamos en tierra toda la gente a buscar agua;
y hallamos un xaguey, un tiro de ballesta de la costa;
era la isla pequeña, que podía tener de los box una legua;
estuvimos en esta isla ocho días tomando agua y leña,
y aquí no se pudo tomar el agua que el navío hacía.

Toman contacto con otras islas pobladas

Obra de tres leguas de esta isla, está una isla poblada;
y vinieron la gente de ella, y allegaron junto del navío,
y nunca quisieron conversar con nosotros, y volviéronse a su isla;
ésta está en once grados.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Después volvieron los indios y metiéronse en un bajo, media legua de la isleta
adonde nosotros estábamos; allí estaría obra de diez y seis indios;
fue un español por el agua, porque era bajo hasta la rodilla,
y llegó a donde los indios estaban; y ellos le esperaron, y abrazáronle,
y ellos tomaron mucho placer con él; y díjoles el español por señas
que *viniesen a la isla adonde nosotros estábamos*;
y como no entendían no quisieron venir, y se fueron a su isla,
y el español se volvió sin hacerles mal ninguno.

Allí tomamos diez y ocho pipas de agua.

Siguen la navegación hacia el Oeste

Y otro día nos hicimos a la vela con el viento Este-Nordeste, la vía al Oeste;
anduvimos este día treinta leguas; dejamos las islas a Mediodía.
Otro día corrimos la misma derrota y anduvimos veinte y cinco leguas.
Otro día fuimos por la misma derrota, andaríamos quince leguas.
Otro día nos dio calma; estuvimos siete día son calmas; de aquí
nos empezó a adolecer la gente; y al cabo de los siete,
tomó el mismo Este-Nordeste, e hicimos nuestro camino al Oeste;
andaríamos este día treinta leguas.

Otro día hicimos el mismo camino y andaríamos treinta y cinco leguas.
Otro día andaríamos por la misma derrota otras cuarenta leguas.
Otro día andaríamos cuarenta y cinco leguas.

Cálculos de distancia y continuación del viaje

Otro día preguntó el Capitán al Piloto que *qué tantas leguas*
podríamos estar de la tierra, que íbamos a buscar,
y él dijo que *estaríamos ciento y cincuenta leguas*;
este día anduvimos treinta leguas.

Otro día andaríamos otras veinte y cinco leguas con el mismo viento.

Muerte del piloto Ortuño de Arango, de Portugalete, y del Herrero y el Tonelero

Otro día, el Piloto que se hallaba mal dispuesto; andaríamos este día veinte leguas.
Otro día el Piloto estaba muy malo, que no entendía en nada;
abajámoslo de arriba abajo, y hizo testamento; y en acabándolo de hacer, murió.
Decíase el Piloto Ortuño de Arango, natural de Portugalete.
Este día anduvimos quince leguas.
Este mismo día echamos a la mar al Herrero.
Otro día cayó malo el Tonelero y murió a cabo de veinte días.
Este día estábamos en calma; durónos dos días.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En una isla con buen puerto, entierran al marinero de Palos llamado Cansino a finales de enero de 1528

Otro día tornó a refrescar el viento Este-Nordeste, a la tarde,
tres horas antes que se pusiese el sol; anduvimos este día diez leguas;
este mismo día vimos la tierra antes que anocheciese;
toda la noche estuvimos amainadas las velas, y siendo de día
fuimos a la vuelta de la tierra y vimos un muy buen puerto,
el cual tomamos a hora de comer; fuimos y surgimos en él,
y echamos la barca en la mar, y fuimos a enterrar a un marinero
que se llamaba Cansino, natural de Palos.

Esta Isla era despoblada, y buscando de comer no hallamos sino marisco;
y allí estuvimos veinte y ocho días, que no osamos salir del puerto
por los grandes tiempos, porque era invierno en aquella costa;
esto era en fin de enero; en esta isla tomamos agua y leña;
está esta isla en diez grados.

Desembarco en una isla próxima a Mindanao con contacto con los nativos y aprovisionamiento de agua

De aquí nos hicimos a la vela y salimos con Norte y corrimos al Sur,
y esta Isla está obra de una legua de una isla grande llamada Mindanao; y
corrimos por la misma costa de ella hasta ochenta leguas en cinco días,
desde que salimos de la isleta.

Y andando navegando por la costa, salió un Rey en un caraluz
(es como un bergantín pequeño), tres leguas en la mar, a nosotros;
y llegose a bordo a un tiro de piedra de nosotros, adonde nos hablaba por señas
y lo oíamos; y nos decía por señas que nos fuésemos a tierra,
que nos daría agua, y arroz, y cocos, y así nos fuimos tras él;
y surgimos en tierra en una punta con dos anclas, una al Sur y otra al Norte;
corríase la costa Norte Sur; surgimos después de mediodía,
y llamamos a los naturales que se llegasen a bordo, y ellos no quisieron llegar;
y de que vimos que no querían llegar, tomamos botijas
y se las echamos a la mar, diciéndoles que *nos trajesen agua*;
y ellos las tomaron, y fueron a tierra, y nos trajeron agua;
la cual nos metieron en la barca, no consintiendo que entrase hombre en ella,
sino desde el navío las botábamos con una lanza, estando la barca
amarrada con su cadena, y así tomamos obra de diez botijas de agua.

Otro día por la mañana, vinieron ellos y mucha gente por tierra,
y entre ellos venían muchas mujeres cargadas con muchachos,
y pusiéronse enfrente del navío que estaba de tierra un tiro de ballesta.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El rey Catonao y su gente

Este Rey se llama Catonao en su lengua, y un yerno suyo, que también es rey,
vino en un parol, que es como bergantín, con tres personas
y [un] niño hijo suyo en los brazos; y éste se llegó al navío y entraron dentro,
y el Capitán los recibió muy bien, y tomole el niño de los brazos,
y dioles unas cuentas que se llaman abalorios; y diéronles de comer, y vino,
aunque no lo bebió; y estuvo en el navío obra de media hora;
y dijo que *se quería ir*, y fuese a tierra con su suegro que estaba en tierra;
y había en la costa, según parecía, obra de trescientas personas.

Esta noche siguiente, vinieron en un caraluz tres o cuatro hombres
y pusieronse sobre la boya que teníamos a tierra;
y zambulleronse hacia abajo, y tiraron del ancla, y la levantaron
y subieron encima del caraluz, asida por el amata, y tiraron de ella
creyendo llevar el navío tras sí; y como no lo pudieron llevar,
cortaron el amata y llevaron el ancla a tierra;
y tomaron un bejuco tan grueso como la muñeca, que tendría trescientas brazas,
y volvieron adonde habían cortado el amata y ataron el bejuco al cable,
y volvieron a tierra; y toda la gente comenzaron a tirar por el amata
para llevar el navío a tierra.

Tres cautivos supervivientes de la expedición de Loayza, e intentos de los nativos de llevar el navío a tierra

Lo cual hacían por parecer de tres españoles que ellos tenían cautivos,
de los que se perdieron del armada del Comendador Loaysa;
y visto que no podían llevar el navío, preguntaron a los españoles
que *qué era la causa que no podían llevar el navío a tierra*;
y ellos le dijeron que *debía tener otra ancla a la mar que los estorbaba*.

Y ellos vinieron a la proa del navío en el mismo caraluz;
y la vela que velaba los vio llegar, y metiéronse debajo del escobenque del navío;
y el Capitán había mandado a la vela que, aunque los indios viniesen,
que no les hiciesen mal; y por esto el que velaba los dejó llegar tan cerca
sin hablarles ni decirles nada; y estando allí
echaron mano a un alfanje que traían para querer cortar el cabo;
y visto aquello la vela habló, y como ellos vieron que eran sentidos
se retiraron afuera riéndose, como que hacían burla,
y así se fueron a tierra, que ya era al alba.

Este día saltó el viento a la tierra; y gateaba el ancla de tierra,
y entonces empezamos a halar por el cable, y halamos todo el cable adentro,
y hallamos lo cortado y atado el bejuco en el cable; y entonces vimos
estar cortado el cable, y vimos la traición que querían hacer.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Uno de los cautivos españoles, Sebastián, portugués casado en Coruña, huyó del cautiverio. Episodio de nadador

Este día por la mañana uno de los españoles que tenían cautivos
se les huyó y metió en el arcabuz; y ellos viendo, que aquel faltaba,
creyendo que se hubiese ido al navío, se fueron todos sin decir nada
y lleváronse consigo los otros dos españoles.

Este español se metió a la costa hacia nuestro navío debajo de unas piedras,
y desde allí nos llamaba con la mano; y viéndolo del navío,
mandó el Capitán que fuese la barca a ver qué era; y llegando cerca el español,
se echó a nado, y lo tomaron en la barca y lo trajeron al navío;
del cual supimos todo lo sobredicho, y otras muchas cosas de la gente y tierra
porque era muy gran lengua; llamábase Sebastián,
natural del puerto de Portugal, casado en la Coruña,
al cual hicimos los refrigerios que se pudo, y el Capitán le dio de vestir.

Situación y descripción de las Célebes

Este español fue preguntado *si sabía en qué grados estaba aquella tierra*;
el cual dijo que *el bachiller Tarragona, que vino*
en el armada del Comendador Loaysa, dijo que una bahía
que estaba cerca de allí había tomado ocho grados.

Esta gente se llama *célebe*; es una gente de muchas traiciones;
es gente que alcanzan mucho oro y tienen minas de donde lo sacan;
vístense de paños de algodón bueno, es gente blanca de buena disposición
y las mujeres son hermosas; andan en cabello ellos y ellas,
tienen por armas unas espadas que les llaman alfanjes,
y lanzas, y flechas, y cerbatanas con yerba que tiran con la boca,
puesta la yerba en una saetica de un palmo;
tienen armas defensivas unas corazas de pescados, y coseletes
de algodón muy buenos; tienen tiros de pólvora de bronce,
saben hacer pólvora, es gente de guerra, y tienenla unos con otros;
hay entre ellos Reyes, coronados con sus coronas de oro y piedras
de mucho valor, tienen muchos puercos, gallinas y arroz
y otras muchas comidas.

Siguen la navegación y nuevo contacto con negociación de compra de bastimentos en otra isla

De aquí nos hicimos a la vela con Norte, y allegamos a un cabo
que se llama Tacabna, que está en cinco grados de la banda del Norte;

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

está cincuenta leguas de donde nos tomaron el ancla;
anduvímosla en tres días, y pasamos el cabo; y estando dos leguas
delante de él al Sur, diónos mucha cantidad de Norte,
y amainamos la vela y estuvímosnos al reparo;
después saltó el viento al Este-Nordeste, y metímonos por bahía dentro,
y fuimos a parar a una isleta que tendría tres leguas de box:
ésta está poblada, tres leguas de la Isla grande;
y queriendo tomar puerto echamos sonda, y no pudimos tomar fondo;
amainamos la vela y fuimos con la barca a tierra;
iba dentro el Capitán y otros doce hombres, con la lengua,
y en llegando, que llegamos un tiro de piedra de tierra,
salieron los indios, obra de cincuenta hombres, con sus armas, espadas y paveses;
y la lengua les habló diciéndoles que *no tuviesen miedo,*
que ellos no iban a hacerles ningún daño sino a comprarles bastimentos;
y que se los pagarían.

Los cuales se espantaron viendo que les hablaban en su lengua,
y respondieron que *irían a hablarlo [con] el Rey, que estaba gotoso;*
y que venía, y que esperasen que, por su dolencia, no podía venir tan presto.

El cual llegó, que traía consigo su mujer y dos hijas mujeres,
y otros dos hijos hombres; uno de ellos le traía las armas;
y traía una armadura de cabeza de pluma en la una mano,
y en la otra el espada y la rodela; y llegó a la lengua del agua
y se asentó en el suelo en unas mantas que le tendieron.
Y entonces le habló la lengua, y díjole que *allí venía*
un Capitán del emperador de España; y que venía a hacer paz con ellos
y a tenerlos por amigos, y no hacerles ningún mal ni daño.

Y él respondió que *qué querían.*
Y el Capitán dijo que *quería bastimentos y que se lo pagaría.*
Y él dijo que *no podía dar nada hasta hacer paz con él,*
y que hecha él daría de lo que tenía.
El Capitán preguntó a la lengua *el orden que tenían de hacer paz,*
el cual dijo que *la paz se hacía sangrándose de los brazos,*
y la sangre que el uno sacase había de beber el otro, y el otro la del otro.

El Capitán le dijo *que entrase en la barca, que no tuviese miedo.*
Y él respondió que *no quería, sino que saltase él en tierra,*
que lo podían hacer seguramente, pues veían que tenía allí su mujer e hijos.
Y queriendo el Capitán saltar en tierra, viendo que iban con sus armas
y a punto de guerra, les dijo *que no saltasen con armas sino sin ellas,*
que él se temía que lo matasen o le hicieron otro agravio
pues entraban armados; y para podérsele hacer, porque él era enfermo
y no se podría defender de ellos, que no saltasen en tierra
sino se fuesen a su navío; y que allí él les enviaría
todo el bastimento que quisiesen muy al su placer.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Lo cual el Capitán aceptó y se volvió a su navío.
Y como en la bahía no había donde surgir por ser tan hondable,
no se pudo echar ancla; y estando así, saltó el viento al Noroeste
y fuenos forzoso dar vela y pasar adelante
sin poder tornar a hablar del Rey que estaba en tierra.
Andaríamos este día diez leguas.

Las islas Candiga y Sartagan

Saliendo de la bahía, dimos sobre dos islas;
la una se llama Candiga y la otra Sartagan, ambas a dos son pobladas,
la una de la otra un cuarto de media legua: Candiga es una isla alta
de un monte redondo alto, tiene de box tres leguas;
la otra es baja, tiene unos cerros no muy altos, tienen de box cuatro leguas,
estará de la isla de Mindanao tres leguas; están estas islas en cuatro grados.

Dos nuevos cautivos naúfragos de la expedición de Loaiza, paz, compras y su rescate

Tomamos puerto a medio día, y antes que surgiésemos
salieron los naturales con sus caraluz, hasta veinte personas,
y entre ellos traían dos españoles atadas las manos atrás,
desnudos, en cueros, solo unas bragas; éstos eran
de los de la armada del Comendador Loaysa;
y llegáronse al navío, saludándonos los españoles en nuestra lengua,
y dijeron: *Nosotros somos del armada del Comendador,*
y estamos aquí cautivos cinco meses ha;
los cuales rogaron al Capitán, *por amor de Dios, los rescatase y no dejase allí.*

Entonces el Capitán les respondió: *estad seguros que, aunque me pidan*
todo cuanto yo traigo, con tanto que no sea él navío, yo os dejaré;
hablad a los naturales y decirles cómo yo vengo en nombre del Emperador
a hacer paz con ellos; y que querría algunos bastimentos, que se lo apagaré
muy a su placer.

Y así, se fueron a tierra, y el navío surgió. Y los naturales
tornaron a volver al navío después de surto con los mismos españoles,
y nos hablaron diciendo que, *primero que nada nos diesen,*
se había de hacer la paz; la cual se hacía bebiendo la sangre, como ya es dicho.

El Capitán les dijo *que entrase uno de ellos en el navío e iría un español a tierra*;
y así se hizo, que fue un español en tierra y quedó un natural de ellos
en el navío, en rehenes hasta que el español volviese; y luego, otro día,
vino el Rey, y hízose la paz; y trajéronnos muchos bastimentos
de gallinas, arroz y vino de la tierra, y batatas, y clavo, y canela,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

por lo cual se les dio mantas y masteles ricos de los de la Nueva España.

Estuvimos tres días en esta isla, en los cuales rescatamos los dos españoles;
por los cuales pidieron por su rescate oro, señalaron bulto de setenta pesos,
los cuales el Capitán les dio de una barreta que llevaba fundido y marcado;
y tomaron el navío los dos españoles; y más les dio, por rescate de los dichos,
una barra de hierro que ellos pidieron.

Y estos dichos españoles, nos dijeron cómo los Castellanos estaban
en una isla que se llamaba Tidore, en una fortaleza,
y que tenían guerra con los portugueses.
Estaban de aquesta isla cien leguas.

En la isla de Ternate, encuentros con portugueses y con los españoles del capitán Hernando de la Torre

Hicímonos a la vela con Norte, la vía del Sur,
y anduvimos cuatro días viendo siempre islas pobladas;
y llegamos a la isla de Ternate, donde los portugueses tienen una fortaleza;
y a medio día vimos venir unas coracoras, que son unos navíos que hay
por aquella tierra, que eran tres, donde venían cinco o seis portugueses;
la una de ellas se llegó a nuestro navío, y respondimos *que era de España
y veníamos de la Nueva España*.

Y sin más nos hablar ni decir cosa, volviéronse a más andar,
y se fueron a su fortaleza, que estaría de nosotros diez leguas.

Este mismo día a la tarde, vino a nosotros tres coracoras
de la ciudad de Gilolo, donde los españoles del Comendador Loaisa
tenían una fortaleza; y llegaron a nosotros; y en cada una venía un español;
los cuales nos preguntaron que *de dónde era el navío*;
y les dijimos que *de España*; y ellos no nos creían,
diciendo que *les burlábamos, que éramos portugueses*;
a los cuales se les dijo que *mirasen la bandera, que eran las armas del Emperador*;
y les certificábamos que *éramos españoles como lo decíamos,
que se llegasen a nosotros y no hubiesen miedo*;
y habiéndoles hecho todos los juramentos que se podían hacer,
que éramos españoles, no lo creían; y con temor se llegó el uno de ellos
y entró dentro en nuestro navío.

Y como se acabó de satisfacer que éramos españoles, llamó los otros dos
y también entraron dentro; y hablado a todos el Capitán, supo de ellos
*cómo diez leguas de allí estaba el capitán Hernando de la Torre,
con hasta ochenta hombres de los del armada del Comendador Loaisa*;
y luego se partió uno de los españoles a dar mandado
y hacer saber nuestra venida al dicho Capitán, y quedaron en nuestra nao

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

los otros dos españoles; y las otras dos coracoras, con los naturales,
fueron a dar mandado al Rey Tillo que estaba tres leguas de allí.

Encuentro con portugueses e intercambio de disparos de cañón con el capitán Hernando de Vanday

Otro día, por la mañana, vimos venir una fusta y diez o doce coracoras,
que la traían remolcando, porque era calma;
y éstas vinieron de la isla de Ternate, donde los portugueses están,
y se llegaron a nuestro navío; y viéndolos venir,
los dos españoles que en nuestro navío habíamos recibido
dijeron al Capitán que *aquellos venían para prenderlo o echar a fondo el navío,*
que como hombres que los conocían les avisaban que no los dejasen llegar,
y que les tirase con sus tiros para desviarlos; porque llegando cerca de ellos,
serían señor de él y él no de ellos.

El Capitán respondió que *él no venía para pelear con nadie,*
ni hacerles ningún daño entre tanto que ello no se le hiciesen.

Y llegados a nosotros, nos saludaron y preguntaron que *de dónde era el navío*;
a los cuales dijimos que *de la Nueva España.*
Y el Capitán que en la fusta venía, que se decía Hernando de Vanday,
dijo que *pasase nuestro Capitán allá en su barca*;
y nuestro Capitán le respondió que *se embarcase él en la suya,*
y él haría lo mismo, y partiesen el camino, y allí se hablarían;
el cual dijo que *no quería, sino que fuese él a su fusta*;
y nuestro Capitán respondió que *no quería dejar su navío.*

Y entonces les preguntó nuestro Capitán
que *si había algunos españoles en aquella tierra*;
los cuales respondieron que *había siete u ocho meses que había llegado allí*
una nao de España, y ellos los habían llevado a su fortaleza
y dádoles bastimento, y carga de especia, y enviádolos a España;
y lo mismo harían a ellos, que fuesen a su fortaleza.

El Capitán dijo que *se fuesen adelante, que él se iría tras ellos*,
y ellos dijeron que *no se habían de ir sino llevarlo consigo.*
Y visto que no quisimos hacer lo que ellos decían, nos fue requerido
que *nos fuésemos con ellos; donde no, que el daño que se recreciese*
fuese a culpa del Capitán;
y nuestro Capitán respondió que *si en la tierra no hubiese españoles,*
que él haría lo que ellos decían, pero que si los había,
que él quería ir donde ellos estaban pues eran naturales de su reino,
y a aquello venía él;
los cuales dijeron que *no los había en toda la tierra.*

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Entonces dijo uno de los españoles a un Ximon de Vera,
que era el que hablaba lo que su Capitán mandaba:
-*¡Ah, Ximon de Vera!, ¿por qué no habláis verdad?*

Y de que ellos esto oyeron, fueronse para popa y mandaron al lombardero
que diese fuego a un cañón pedrero que tenían a la proa;
el cual dio fuego, y quiso Dios estorbar que no saliese,
y lo mismo hicieron los otros tiros que nos quisieron tirar, que nunca salieron.
Y visto lo que querían hacer, el Capitán mandó dar fuego a nuestra artillería
y tiramos los tres tiros sin hacerles ningún daño, porque como la fusta
era pequeña y estaba muy junto de nosotros no la pudimos coger.

Y en este tiempo armose un aguacero del Sudeste,
y tiramos la vía del puerto de la ciudad de Gilolo, donde los españoles estaban.

Encuentro con los españoles de Hernando de la Torre

Y luego, con el viento, los dejamos por popa; los cuales siguieron tras nosotros
y no nos pudieron alcanzar; y, así, nos fueron siguiendo y tirando tiros
hasta llegar al puerto; y después que hubimos llegado,
se volvieron los portugueses a su fortaleza; y toparon en el camino un bajel
en que venía otro Capitán con gente de socorro y mucha artillería,
y volvieron sobre nosotros; y pusiéronse a tiro, donde nos podían tirar,
y comenzaron a darnos batería y nosotros a ellos;
quiso Dios que nos dieran más de un tiro en el mastel mayor,
que nos pasaron la vela cogida, y cayó la pelota sobre la cubierta
sin hacer mal a nadie; estarían tres o cuatro horas bombardeándonos.
Y estando en esto, venía en nuestros socorro una fusta que los nuestros tenían,
que la enviaba el capitán Hernando de la Torre,
y vista por los portugueses se retiraron huyendo y se fueron a su fortaleza.

Allí donde estábamos surtos estaba la fortaleza
que tenía la gente del Comendador Loaysa, y allí estaba por Capitán
Hernando de la Torre, natural de Burgos,
(hijo de Alonso de la Torre y de Catalina Montenegro),
el cual tenía hasta ciento y veinte hombres y dos docenas de tiros de artillería,
y aquella fusta que vino en nuestro socorro.

Nuestro Capitán y toda la gente de nuestro navío, que serían
hasta treinta hombres, saltamos a tierra y fuimos muy bien recibidos
del Capitán y de los demás que allí estaban; de los cuales supimos
que había que estaban allí ochos meses, que habían llegado
con la nao Capitana sola, y el Rey de Tidore los había recibido de paz
y dádoles todos los bastimentos que habían menester por sus dineros.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El rey Rasamira de Tidore

Ese Rey de Tidore, que se llama Rasamira, los recibió en aquel puerto
y se favoreció de ellos contra los portugueses, que le daban guerra,
y había recibido malas obras de él por estar bien con las cosas
de nuestro Emperador; porque… muchos días antes allí había estado
el capitán Espinosa con una nao de la armada de Magallanes,
y de esto nos conocían y tenían amistad a nuestra España.

Estancia con Hernando de la Torre hasta fin de mayo de 1528

El dicho capitán Hernando de la Torre nos aposentó a todos,
haciéndonos muy buen tratamiento; estuvimos allí dos meses
dando carena a nuestro navío y aderezándolo de todo lo necesario;
desde a dos días que estábamos surtos, tornaron los portugueses
con su fusta y su batel a bombardearnos, y no nos hicieron ningún daño.

Dende a quince días, tornaron a venir con su fusta; y ellos venían
con intención de bombardearnos nuestro navío, que teníamos en seco
para darle carena; y creyendo que la fusta del capitán Hernando de la Torre
no estaba allí, porque así les había dicho una espía que habían enviado para ello,
venían junto a la costa escondidos para poderlo hacer más a su salvo;
y como fueron sentidos, la fusta se aderezó de gente; e iba por Capitán
un Fulano de los Ríos, natural de Toledo,
el cual iba avisado que no se pusiese a bombardear con ellos
por la mucha artillería que solían traer, sino que aferrasen; y así lo hizo,
que llegado a donde lo pudo hacer, abordó con la fusta a los portugueses
y les mató con el artillería y escopetas mucha gente, y al Capitán de la fusta,
que se decía Fernando de Vanday; y muerto el Capitán, los demás se dieron
y fue traída la fusta a nuestra fortaleza y la gente de ella presa.

Nuestra nao se acabó de aderezar en fin de mayo de 1528;
y aderezada, vino un portugués de la fortaleza suya
con una carta para nuestro capitán Álvaro de Saavedra,
la cual era de Gonzalo Gómez de Acevedo, capitán que allí había poco
que había llegado con doscientos hombres y cinco navíos;
y por voluntad del capitán don Jorge de Meneses, luego que esta gente llegó,
quisiera venir sobre nosotros a destruirnos, a lo cual no le salió
el Gonzalo Gómez de Acevedo diciéndole que *le mostrase*
mandato del rey de Portugal que era servido de ello, que él lo haría
porque donde [que no], que él no quería hacer.
Y en la carta escribía al capitán Álvaro de Saavedra que *fuese en un parol*
y que él venía en otro para que hablasen; y esto no tuvo efecto
por muchas razones que Hernando de la Torre daba, por donde se estorbó.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Álvaro de Saavedra se dispone a regresar en su nave con un cargamento de clavo y Ximon de Brito como nuevo piloto

Visto por nuestro capitán estar aderezada su nao, se determinó de embarcar
y aderezó su matalotaje y lo necesario; y el Capitán Hernando de la Torre
dio obra de sesenta quintales de clavo de lo que tenía del Emperador.

Estando para embarcarnos, un Ximón de Brito, portugués
que allí estaba con Hernando de la Torre, que de su voluntad
allí se había venido, dijo a nuestro Capitán que él quería venirse con nosotros;
y como nuestro Piloto se nos había muerto, y éste nos dijeron que lo era,
y por ruego del Hernando de la Torre, el Capitán holgó de ello;
y otros cuatro portugueses de los que se habían tomado en la fusta
también los recibió, y se les asentó su sueldo.
Y, así, nos embarcamos hasta treinta hombres
y nos hicimos a la vela a tres de junio de dicho año.

Navegación de regreso y en la Isla del Oro deserción de Brito y los portugueses

De allí salimos con Sudoeste y corrimos al Este-Nordeste,
y anduvimos tres días; y al cabo de ellos nos dieron calmas, la cual tuvimos
veinte y cinco o treinta días; y tornonos a dar un poco de tiempo,
con el cual anduvimos obra de doscientas cincuenta leguas,
que llegamos a una isla que se llama la Isla del Oro; aquí tomamos puerto.
Esta es una isla grande, muy poblada de una gente negra,
los cabellos crespos, desnudos, tienen armas de hierro y espadas,
y estos nos daban de comer por nuestro rescate gallinas, y puercos,
y arroz, y frijoles, y otras comidas muchas;
estuvimos allí treinta y dos días por no tener tiempo para navegar.

Y estando para hacernos a la vela, este Ximon de Brito
y los otro cuatro portugueses, estando nuestro Capitán en tierra,
se metieron en la barca diciendo que iban a la isla;
los cuales se hicieron a lo largo de la mar la vuelta de donde habíamos venido,
y nos llevaron la barca, sin poder estorbárselo los del navío
ni los que estaban en tierra.

Navegación de regreso, por las islas de los Ladrones y la costa Visaya, hasta volver de nuevo a Tidore, al punto de partida

Visto por el Capitán que la barca y aquellos se habían ido,
hizo una balsa y se fue al navío con la gente que con él estaba,
y acordó de hacerse a la vela, y así lo hizo; y de allí salimos con Sur
y corrimos al Este catorce leguas a una isla, por la cual corrimos cien leguas

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

por islas, que había muchas, y surgimos en un isleo poblado;
y los naturales de allí salieron en unos paroles a nosotros, dos leguas en la mar,
a flecharnos; ésta es una gente negra y desnuda, feos; estuvimos allí tres días,
y aquí tomamos tres indios, y los metimos en el navío, y nos hicimos a la vela
y corrimos obra de doscientas y cincuenta leguas hasta dar en otras islas
pobladas de gente blanca, barbados, los cuales salieron en sus paroles a nosotros
con hondas y piedras, amagando para tirarnos, y así se tornaron a su Isla;
esta Isla está en siete grados.

Desde allí corrimos al Norte y Nornoroeste hasta llegar en catorce grados,
y allí nos dieron vientos contrarios Este-nordeste muy recios, tan forzosos
que nos fue necesario arribar la vuelta de donde habíamos venido;
y con este tiempo corrimos hasta una isla que está
trescientas y ochenta leguas de Maluco, que una de las islas que se llama
de los Ladrones; y no la pudimos tomar; pasamos de la banda del Sur de ella
y corrimos al Oeste hasta la isla de Mindanao; llámase aquella costa Visaya,
nombre de los naturales de la tierra; y de allí fuimos a Sartagan,
adonde habíamos dejado un español cuando por allí pasamos, que estaba malo;
y allí tomamos puerto, y estuvimos dos días esperando indios
que nos diesen agua y nos dijesen del español; los cuales vinieron
y nos dijeron que el Rey no estaba allí, y que se había llevado consigo
al español; y mentían, que lo habían vendido, lo cual supimos después,
en Malaca, del mismo español que estaba allí, que se decía Grijalva.
Y como no teníamos barca ni remedio con que tomar agua,
ni los indios no las quisieron dar, tiramos nuestro camino hasta ir
a reconocer las islas de los Menhao, que están veinte leguas
de las islas de Maluco, y de allí nos fuimos a la isla de Tidore,
donde habíamos salido la primera vez.
Allí hallamos a Hernando de la Torre con la gente que antes tenía,
y aquí tomamos puerto.

Seis meses allí, y ejecución de Brito y otro de los huidos

Aquí llegamos por el mes de octubre del año de 1528,
y tornamos a varar la nao, y dar carena, y mudar el plan,
en lo cual estuvimos seis meses.

Aquí hallamos a Ximon de Brito y uno de los que con él huyeron con la barca,
el cual había dicho que el navío y todos nosotros nos habíamos perdido
y él se había escapado en la barca; contra él procedió
el capitán Hernando de la Torre, y lo sentenció a hecho cuartos,
y al otro a ahorcar, y así lo hizo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El 8 de mayo de 1529, se hacen a la vela de nuevo para el regreso. Episodio trágico de nadador

De aquí nos tornamos a hacer a la vela a 8 de mayo,
y salimos al Este-Nordeste, y anduvimos por el mismo camino
que primero habíamos hecho y por las mismas islas,
y llegamos a donde habíamos tomado los tres indios ya dichos;
los dos de ellos a la vuelta se nos habían echado a la mar, y el otro
trajimos hasta allí, y allí lo echamos en la misma isla donde lo habíamos tomado;
el cual iba cristiano y ladino de nuestra lengua; el cual se echó
para que dijese a los indios qué gente éramos, y que nos trajesen
algunos bastimentos, que se lo pagaríamos, y por echar la barca fuera,
y porque él se atrevió a ir a nado, el Capitán lo echó a nado por su voluntad;
y los naturales de la isla lo vimos que lo mataban en el mar;
y, en fin, lo mataron.

Navegación de regreso y diversos incidentes

Hicímonos a la vela tirando nuestro camino al Es-Nordeste,
y obra de doscientas y cincuenta leguas hallamos otras islas pequeñas;
la una de ellas tenía cuatro leguas, y las otras cuatro tenían a legua cada una;
todas pobladas de gente morena, barbados, desnudos, con unos masteles de palmas.

Aquí salió a nosotros, en un parol, cuatro o cinco indios
y se allegaron tan cerca de nosotros que nos hablaban; y por señas nos decían
que amainásemos; y uno de ellos nos tiró una piedra muy recia
que nos dio en un costado del navío a la popa, que nos hendió la tabla
en que dio el golpe; el Capitán mandó armar una escopeta y que le tirasen;
no le acertaron, y así se fueron a su isla y nosotros nuestro viaje;
estas islas están en siete grados, y de donde partimos mil leguas,
y de esta Nueva España otras tantas.

Una semana en una isla amistosa

De allí corrimos al Nordeste, y anduvimos ochenta leguas,
y hallamos otras islas bajas; y en una de ellas surgimos, y estando surtos
alzamos una bandera; y vimos gente, y llamándolos con la bandera
vinieron a nuestro navío seis o siete paroles, y surgieron por proa de nuestro navío;
y el Capitán se puso a la proa, y les echó una manta y un peine,
y ellos la tomaron; y tomándola se llegaron a bordo, y entraron todos dentro,
que serían hasta veinte hombres; y entre ellos una mujer,
que se creyó ser hechicera, la cual ellos traían para que les dijese
qué gente éramos, según lo que la india, con cada uno
de los que en el navío estaban, hacía de tentarnos con sus manos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El Capitán les hizo buen tratamiento y le dio de lo que en el navío traíamos,
y con ellos nos hicimos amigos, por manera que un español
se atrevió a ir con ellos a tierra, y así fue; y en saltando en tierra,
luego vinieron los señores de la tierra a hablar al español,
y lo llevaron consigo a sus casas, que son grandes y cubiertas de palma.
Esta gente es blanca, y pintados los brazos y cuerpo,
y las mujeres son hermosas, y los cabellos negros y largos;
andan cubiertas todo el cuerpo con unas esteras muy delgadas y primorosas,
y descalzos; tienen por armas varas tostadas,
y por mantenimiento cocos y pescado.

Esta isla será de una legua; allí saltó en tierra el Capitán y toda la gente,
y saliéronlos a recibir los hombres y mujeres con atambores y cantando;
y el Capitán se asentó en un bohío con el Señor, el cual, entre otras cosas
que al Capitán preguntaba, le preguntó que *qué era una escopeta que vio*;
y por señas se le dio a entender lo que era;
dijo que la tirasen, y por hacerle placer la mandó el Capitán tirar;
y fue tan grande el temor que todos tuvieron de oírla soltar
que todos cayeron en tierra amortecidos y temblando;
el Señor y toda la gente comenzó a huir fuera de los bohíos,
por los palmares adelante, y el Señor y otros estuvieron quedos,
aunque bien asombrados; y salió de allí él y toda la gente,
que serían hasta mil ánimas, se embarcaron en sus paroles, y se fueron
a una isla tres leguas de allí; nosotros nos estuvimos quedos,
sin hacerles ningún daño; y por ir mal dispuesto el Capitán,
estuvimos ocho días en aquella isla; en los cuales tomaron a venir los indios,
y nos ayudaron a tomar diez y ocho pipas de agua, y nos dieron dos mil cocos,
y hacían todo lo que nosotros les mandábamos.
Estas islas están en once grados de la banda del Norte de la línea.

Muerte del capitán Álvaro Saavedra, de Pedro Laso, y regreso al Maluco

De allí nos partimos con Este-Nordeste al Norte, y anduvimos hasta ponernos
en veinte y seis grados; y aquí nuestro Capitán murió.

Y al tiempo de su fin y muerte, llamó a toda la gente y a todos rogó
que *navegasen hasta treinta grados; y que puesto allí, si no hallasen tiempos*
con que venir a la Nueva España, que se volviesen a Tidore
y diesen el navío y todo lo que en él iba al capitán Hernando de la Torre,
para que hiciese lo que fuese servicio de Dios Nuestro Señor y del Emperador.

Señaló por Capitán a Pedro Laso, natural de Toledo,
el cual murió desde a ocho días, y quedaron por principales el Maestre y Piloto.

Y, así, corrimos hasta ponernos en treinta y un grados,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

siempre con vientos contrarios, y como allí no hallamos tiempo que nos ayudase,
fuenos forzoso arribar por donde habíamos venido.

Desde los treinta y un grado corrimos al Oeste hasta llegar
a una isla de los Ladrones, y allí tomamos puerto;
en los treinta y un grados nos hallábamos, de las islas de Maluco,
mil y doscientas leguas; en esta isla estuvimos un día,
y tomando algún refresco, y allí perdimos un ancla.

Desde allí nos hicimos a la vela la vuelta de Maluco,
y anduvimos hasta la isla de Visaya; y no la pudimos tomar,
pasamos de largo y fuimos a las islas de Taraole, que están de Maluco
ciento y veinte leguas, y nunca pudimos tomar fondo;
y por esta causa nos pasamos de largo, y fuimos a la isla de Gilolo;
y allí fuimos a Zamazo, que es la misma costa de la Isla,
y allí surgimos en el puerto.

Reencuentro con Hernando de Torre de los dieciocho supervivientes, al que entregan el navío, y dispersión de todos

A este puerto llegamos en fin de octubre, y allí hallamos
al capitán Hernando de la Torre, el cual había perdido la fortaleza de Tidore,
que se la habían tomado los portugueses; al cual se le entregó el navío
con todo lo que [en] él iba y el Capitán se entregó en él,
y así del navío como de la ropa y hacienda que de nuestro Capitán iba
se hizo cargo.

Toda la gente que en el navío iba, que serían hasta diez y ocho hombres,
saltamos en tierra; y visto que el navío se perdió de broma,
y que los que allí estaban pasaban mucho trabajo con la desorden que había,
(fuimos) unos a Malaca y otros, quedándose allí, nos desbaratamos.
Los que fueron a Malaca, fuimos presos por el capitán don Jorge de Castro,
el cual nos mandó que no saliésemos ni nos dejasen salir de allí;
donde estuvimos dos años y medio; y de veinte hombres que allí fuimos
no escaparon sino nueve personas, y hasta que del Rey de Portugal
vino mandado que nos dejasen ir, nos tuvieron allí.

El autor de la relación, Vicencio de Nápoles, y su pago de catorce ducados

El autor de todo lo dicho es Vicencio de Nápoles,
el cual partió en la dicha armada de la Nueva España, y anduvo
en todo lo dicho, y vino a Portugal, y de allí a España,
y fue a la corte de Su Majestad e hizo relación de todo el viaje;
y pidiendo ayuda para su trabajo, le mandaron dar catorce ducados,
y éstas fueron las mercedes de los del Consejo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Nuño de Acuña se hace cargo del legado de Hernando de la Torre

Todas las relaciones y padrones de toda la navegación
tomó el Gobernador de la India, Nuño de Acuña, a Hernando de la Torre,
porque habían quedado en su poder.

Evocación de Grijalva y su peripecia vital hasta Malaca

Este hombre que se dice Grijalva, que atrás dijimos haber dejado en una isla
y no se aclaró, quedó por olvido y pasó de esta manera:

Al tiempo que íbamos en nuestra navegación para las islas del Maluco,
llegamos a la isla de Sartagan, que es en el Archipiélago;
está de Maluco obra de ciento y veinte leguas;
en esta isla tomamos puerto y estuvimos tres días contratando
con los naturales, comprando bastimento de gallinas, y puercos, y arroz,
porque tienen cantidad de ello; este Grijalva iba muy doliente,
tanto que se creía no escapar; él pidió al Capitán que, *por cuanto él estaba para morirse, le hiciese merced de dejarlo en aquella isla*;
y viendo que estaba muy malo, el Capitán lo dejó al Gobernador de aquella isla
rogándole, por la lengua que llevaban, que *le curasen y tratasen bien*;
y los naturales respondieron que *lo harían*; y, así, se partió el navío.

Este español estuvo allí en la isla ocho meses, y el Gobernador de ella
lo vendió al Rey de la isla de Mindanao; y allí estaban otros españoles
de los que se habían perdido del Armada del Comendador Loaysa,
lo cual se supo en Malaca; y el Gobernador García Desa
escribió al Rey de Borneo que tres españoles
que estaban en la dicha isla en su poder los enviase a Malaca;
y este Rey habló a los españoles diciéndoles que de Malaca enviaban por ellos,
que si ellos se temían de ir allá que no los enviaría, y que si querían ir
que les daría en que fuesen; y ellos dijeron que querían ir;
y el Rey les dio un junco en que fuesen.
Los cuales fueron a Malaca, que ahí, desde aquella isla hasta Malaca,
vimos a estos españoles, de quien se supo lo sobredicho.

La isla de Borneo

Esta isla de Borneo tiene de box más de ciento y cincuenta leguas;
en ella están moros y gentiles, tienen guerra los unos con los otros,
están amigos de los portugueses pero no les contribuyen de cosa ninguna
más de contratación que tienen con ellos en comprarles Canfora,
que hay mucha cantidad, y esclavos que los venden &.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Certificación de la copia de la relación de Vincencio de Nápoles por don Manuel Santiado de Ayala, en Simancas el 10 de julio de 1779

Concuerden estos traslados con sus registros originales,
que quedan en este dicho Archivo (a que me refiero),
y van escritas en sesenta y siete fojas de papel con ésta,
rubricadas de mi señal, en cuya certificación lo firmé en la dicha fortaleza
y Archivo Real de Simancas
a diez días del mes de julio de mil setecientos sesenta y nueve años.

Derechos con papel sellado
Trescientos. Vale.
Don Manuel Santiago de Ayala.
Rúbrica.

Archivo General de la Nación, Archivo del Hospital de Jesús.
Legajo núm. 438, exp. núm. 1. (Sin foliar).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6